6502

ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA y ENRIQUE TEDESCHI

Glorieta de Quevedo nº 10.

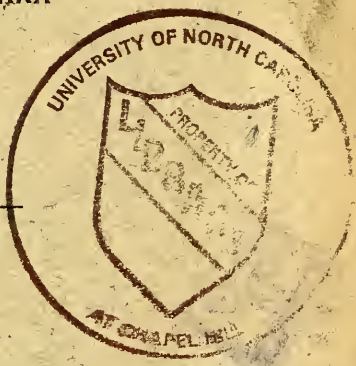
LA MAESTRILLA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

DARIO NICCODEMI

VERSIÓN CASTELLANA



Copyright, by A. Fernández Lepina y E. Tedeschi, 1919

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1919

LA MAESTRILLA

252253

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

LA MAESTRILLA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

DARIO NICCODEMI

VERSIÓN CASTELLANA DE

ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA y ENRIQUE TEDESCHI

Estrenada en el TEATRO LARA el 24 de mayo de 1919

MADRID
R. Velasco Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1919

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA BINI		MARÍA PALOU.
LA DIRECTORA	SRA.	ALVERÁ.
INÉS	SRTA.	PONCE DE LEÓN.
ANITA	NIÑA	ALENZA.
EL CONDE FELIPE	SR.	THUILLIER.
BALÓN		ISBERT.
JAIME MACCHIA		FUENTES.
EL CABALLERO GUIDOTTI		GONZALVEZ.
UN ORDENANZA		GÓMEZ.

La acción en un pueblecito italiano.—Fin de verano.—Epoca actual

NOTA.—Se ruega encarecidamente a los directores de escena que no hagan ningún corte ni supresión en el diálogo de esta comedia y que cuiden extraordinariamente su ensayo, pues la mayor parte de su éxito en Madrid fué debido a la prodigiosa interpretación que obtuvo.

ACTO PRIMERO

Un cuartito modesto, cuyas paredes están pulcra y sencillamente encaladas como las de una celda. La habitacioncita está bañada por el sol y todo en ella es luz y alegría. Tiene un aspecto íntimo y simpático. Es una habitación de esas que parecen tener alma, y la suya es la de una mujer bonita, limpia, hacendosa y buena. Muchas flores silvestres en cacharritos sencillos, pero bonitos y distribuídos con buen gusto. En el centro de la pared del foro, una ventana muy ancha con cortinas de gasas, recogidas y adornadas con cintas azules. Una puerta en la derecha y otra en la izquierda. Al foro, entre la puerta de la derecha y la ventana, una cama muy modesta, pero sumamente pulcra y adornada con cintas y encajas. Al lado de la cama una mesita con libros y flores. Sobre la cabecera del lecho, una imagen de la Virgen cuyo marco, modesto, está adornado con ramas y flores. Un biombo rodea la cama ocultándola casi por completo, especialmente por el lado izquierdo. Entre la ventana del foro y la puerta de la izquierda, o sea en el lado opuesto a la cama, un estantito lleno de libros, colocados con admirable orden y con sns correspondientes flores y ramas secas en sencillas, pero bonitas cerámicas. En el rincón de la izquierda, una percha cubierta por cortina blanca, y en primer término, una mesita con tapete de labor femenina, más libros, útiles de escritorio y flores. Un silloncito junto a esta mesa de estudio. En el centro de la escena, un veladorcito, dos sillas y una butaquita.

Todos los muebles son modestísimos, pero a ninguno le falta un pañito, un cojín, un lazo o cualquier otro detalle femenino.

—

(No hay nadie en escena al levantarse el telón. A lo lejos se oye tocar en un violín, muy mal por cierto, la antigua y famosa aria de «Musica proibita». Al cabo de un instante se abre la puerta de la izquierda y entra MARIA.)

M. BINI (Se parece en cierto modo a su habitación. Es modesta, elegante, sencilla, ruiseña; con un aspecto de sinceridad encantadora. Canturreando la melodía de «Musica proibita» va de un lado a otro de la habitación y coge de los cajones de uno y otro mueble lo necesario para preparar el veladorcito del centro para el desayuno. Lo hace con complacencia, recreándose en la sencilla faena y adornando la mesa con flores y detallitos. De vez en cuando, se detiene para observar desde lejos el efecto que hace la mesa servida y adornada, y sonríe tan contenta, con la misma alegría que podría hacerlo una niña que preparase la comida para su muñeca. Sigue canturreando la canción.)

Vorrei baciar i tuoi capelli neri
le labbra tue e gli occhi tuoi severi;
vorrei morir...

(Al llegar precisamente a esta nota, el violín hace un gallo tan grande como decidido, y María le subraya como si estuviese acostumbrada a ello; como si formase parte de la melodía. Después del gallo, el violinista reanuda la melodía, pero con cierto tono de cansancio y languidez y María sigue canturreando.)

Le labra tue e gli acchi tuoi severi;
vorrei morir... vorrei mor...

(La melodía se extingue.) ¡Y aquí se acabó! (En el momento en que María se dispone a sentarse a la mesa para comenzar a desayunarse, llaman a la puerta de la derecha.) ¡Qué novedad! ¿Quién puede acordarse de mí a estas horas?... Visita tempranera, o alegría o pena. . Claro; de no ser blanco tiene que ser negro. El refrán es bastante tonto. Por lo visto no era nadie. Más vale así. (Se acerca a la puerta y desde allí se detiene un instante para contemplar, con evidente satisfación la mesa puesta, y luego anuncia con cómica seriedad.) ¡La señora está servida! (Se sienta ante la mesa y llaman de nuevo a la puerta.) ¡Paciencia! (Fuerte.) ¡Adelante!

(Se abre la puerta y aparece la SEÑORITA INÉS. Es una mujer de cuarenta años, pero fea y aviejada hasta aparentar sesenta. Viste de negro y se toca con un sombrero tan modesto como ridículo. Su bozo tiene una exuberancia capilar que admiraría un carabinero y gasta lentes para completar su clásico tipo de maestra de escuela solterona.)

INÉS Buenos días, señorita María.

RBC
NcU

M. BINI Muy buenos, señorita Inés.

INÉS La traigo a usted una buena noticia.

M. BINI Pues siéntese entonces.

INÉS Una noticia pasmosa. De las que entran pocas en libra.

M. BINI En ese caso, tome asiento en la butaca. (Inés, se sienta.) Diga.

INÉS ¡No tenemos clases!

M. BINI ¿Cómo?

INÉS Que no hay clases; así como suena. No hay clases. La escuela está cerrada.

M. BINI ¿Alguna fiesta nueva, acaso?

INÉS Nada de eso. A consecuencia del diluvio de anoche, la escuela se ha inundado, y en dos o tres días no hay posibilidad de poner los pies en ella... ¿Qué le parece a usted?

M. BINI ¿Y a usted?

INÉS ¿A mí? Pues sencillamente, que es una gracia que nos hace la Divina Providencia y que habría que pedirle que los daños resulten aun mayores de lo que se calcula para que las vacaciones improvisadas se prolongasen... ¡Si cayesen estos chaparrones por lo menos cien veces al año!...

M. BINI Señorita, me parece que usted exagera.

INÉS De modo, ¿que a usted no la alegra?

M. BINI Al contrario... ¡Vaya unos días de aburrimiento!

INÉS ¡Ah, pues yo, en cambio, me alegro con toda mi alma! Iré a la iglesia a encender una vela a la Virgen en acción de gracias por el chubasco y enseguida a corretear por el campo. Hasta la vista, señorita María. No quiero ser inoportuna.

M. BINI ¿Por qué ha de serlo?

INÉS Sí, porque estoy viendo...

M. BINI ¿Qué es lo que está usted viendo?

INÉS Vaya, vaya con la señorita María. Usted espera a alguien, ¿verdad? ¿A quién espera usted? Sea sincera.

M. BINI ¿A quién he de esperar yo, pobre de mí?

INÉS ¡Ya, ya! ¿De manera que esa mesa, puesta tan exquisitamente, con tantas flores, con tanto detalle?...

M. BINI Para mí y nada más que para mí.

INÉS Pero, ¿es de veras?... ¡Para usted tan sólo! ¿Y los demás días también?

M. BINI También.

INÉS ¿Sabe usted que este cuartito es lo que se dice una monada? Si no estoy equivocada, esta casa es del Conde Felipe. ¿No?

M. BINI Exacto. Del Conde Felipe; de Felipe el Hermoso, alcalde, dueño y señor de este pueblo, donde apenas hay algo que no sea suyo.

INÉS ¡Qué hombre! Está metido en todo; negocios, religión, política, vida pública...

M. BINI Y privada; ya lo sabe usted.

INÉS Cosme de Médicis... el padre de la patria.

M. BINI Eso es. El padre de la patria... y de bastantes niños del pueblo.

INÉS La verdad es que resulta el verdadero amo; casi el señor feudal; pero hay que hacerle justicia, es un tirano simpático... Acabo de encontrarle en la plaza. Iba a caballo, gallardo, elegante...

M. BINI Y esponjado como un pavo real.

INÉS Todos los años hace su viajecito a París...

M. BINI ¡Oh, no hay más que mirarle las corbatas!

INÉS Tiene su automóvil...

M. BINI Se adivina a la legua por las gorras que usa para todo.

INÉS En fin, que así es el mundo, amiga mía. Siempre habrá pobres y ricos. Hasta la vista. Oiga, no deje de dar una vueltecita por la escuela, para que no se enoje demasiado ese sapo verde que nos han traído de directora.

M. BINI Iré en cuanto tome el desayuno. Pero de no tener nada urgente que hacer, quédese conmigo un rato, mientras como. La idea de que no tengo nada que hacer me hace un efecto tan raro... Siéntese y luego saldremos juntas. ¿Quiere?

INÉS (Sentándose.) Con mucho gusto, ya lo creo. Para mí, echar un rato de palique, constituye el colmo de la dicha. Hablaremos mal del pueblo.

M. BINI Habría que estar gastando saliva un día entero.

INÉS Pues entonces, hablaremos bien.

M. BINI En ese caso, con cinco minutos tendríamos bastante. (Empieza su sobrio desayuno, consistente en pan, manteca, azúcar y una taza de leche.)

INÉS Hace usted mal, señorita María, en vivir tan sola, tan apartada de todo el mundo. En pueblecitos como éste, estar al tanto de lo

que ocurre a las gentes, es algo así como una necesidad real y verdadera. Sin embargo, nadie sabe ni media palabra de los asuntos de usted.

M. BINI Son tan poca cosa lo que usted llama mis asuntos... (Llamando hacia la derecha.) ¡Julia!

INÉS Ruego a usted que me perdone, pero esto se lo digo por su bien. Da usted que hablar a todo el mundo por la soledad en que vive, por su retraimiento, por su actitud tan reservada y silenciosa, por su elegancia...

M. BINI ¿Mi elegancia? ¡Una faldita negra!

INÉS Demasiado corta y ceñida.

M. BINI Una blusita blanca...

INÉS Demasiado descotada y transparente.

M. BINI ¡Oh, lo que es eso, creo que no puede escandalizar a nadie. (Llama de nuevo con acento de impaciencia.) ¡Julia! (Enfadada, se levanta, coge de sobre un mueble el jarrito de la leche y se sirve. Después toma más pan de un cestito.) Hoy tengo verdadera hambre de maestra de escuela. Me he levantado muy temprano para oir la misa de las seis.

INÉS Otra cosa mal hecha. ¿A santo de qué ir a una misa a que no asiste nadie?

M. BINI Toma, pues por eso mismo.

INÉS Pero como nadie la ve a usted en la iglesia se supone que no ha oído misa.

M. BINI Pero como yo he ido...

INÉS Pero como nadie lo sabe, es lo mismo que si no hubiese ido.

M. BINI Así y todo, alguien lo sabe, y ese alguien vale más que todo el mundo.

INÉS (Con curiosidad.) ¿Y quién es ese alguien, si no es indiscrección?

M. BINI Dios... ¿Quiere usted un vaso de leche?

INÉS Muchas gracias... Sáqueme usted de otra curiosidad. ¿Quién es Julia?

M. BINI Mi doncella.

INÉS (Asombrada.) Pero, ¿tiene usted doncella?

M. BINI En efecto. ¡Que rabien los avarientos!

INÉS Pero, por lo que veo, es sorda como una tapia.

M. BINI No, por cierto, pobrecilla.

INÉS Entonces, ¿por qué no contesta cuando la llama?

M. BINI Sencillamente porque no puede contestar.

INÉS ¡Ah! ¿Es muda?

M. BINI No puede porque no existe.

INÉS Pero, ¿qué me está usted diciendo?

M. BINI Nada de particular. Como yo vivo siempre tan sola, la idea de que tengo una doncella me sirve de compañía. Vivo con una supuesta doncella, con la que charlo, con la que discuto... y a la que despido si no me llama temprano o me rompe algún cacharro. Desde Carnaval he tenido a Juanita, a Genoveva y a Antonia. A esta Julia la recibí hace quince días.

INÉS ¡Vaya por Dios!

M. BINI Por las noches, sabiendo que está Julia, siento menos miedo. Hace días volví a casa algo tarde. Abro la puerta del cuarto y no encuentro sobre ese mueble la caja de cerillas. Estaba todo oscuro. Renegando de ella pude tener tranquilidad para desnudarme sin luz y meterme en la cama casi sin miedo.

INÉS Nada, hija mía, mañana mismo tomo yo también una doncella.

M. BINI Ah, pues si ha servido en mi case, con gusto le daré informes. (Las dos ríen.)

(Empieza a tocar el violín otra vez el aria de «Musica proibita.)

INÉS ¡Ah! Pero, ¿también hay música?

M. BINI Es Balón.

INÉS ¿Nuestro bedel de la escuela? Sí; ahora recuerdo que vive también en esta casa.

M. BINI En el pisito de arriba.

INÉS ¿Y toca a menudo?

M. BINI Sí, pero durante muy poco tiempo. (Sigue la melodía cantarreando.) Le labbra tue e gli occhi tuoi severi; vorrei morir... Aquí hace un gallo, verá usted... ¡Tac!... Ahí lo tiene. No falta nunca. Ahora se para un momento y vuelve a empezar. Le labbra tue e gli occhi tuoi severi; vorrei morir... vorrei mo... mor... (El violín calla.) Y ahí muere. Jamás pasa de ahí. Nunca he sabido el motivo.

INÉS Puede que el pobre Balón ignore que no hay clases.

M. BINI Se lo vamos a telefonear. (Inés hace un gesto de extrañeza.) Sí, sí, a telefonear, tal como suena. Esto sí que no es fantasía. Mire. (Se acerca a la pared de la izquierda, a lo largo de la cual baja una tubería de gas hasta un metro del suelo, y cuyo

extremo está doblado hacia arriba.) Utilizamos como teléfono esta antigua tubería que en sus tiempos debió servir para el gas. (Hablado con la boca pegada a la tubería.) Rrrri rrrri... ¡Balón!... ¿Está usted ahí?... ¡Balón!... ¿Está usted ahí?... No me oye... ¡Balón!... ¡Gracias a Dios!... Sí... Gracias... ¿Qué dice usted? ¡Hombre, no sople usted tan fuerte; sepárese del aparato y le oiré mejor. ¿Eh?... No oigo... (A Inés.) ¿Ve usted? Es un teléfono de verdad. No se entiende ni una palabra. (En la cañería.) ¿Qué? ¡Ah! ¿Ya lo sabía usted?... Yo le llamaba para decírselo... Baje usted, baje usted. (Separándose de la tubería.) Baja, va darnos las últimas noticias de la catástrofe.

INÉS ¡Qué humor tendrá la directora!... Pasarse ella tres o cuatro días sin tener que reñir a nadie, ni ofender ni mortificar!... Le va a costar una enfermedad... Si al menos fuera de cuidado...

M. BINI Vamos, señorita Inés, que no la creo tan mala.

INÉS Ya, ya se dará usted cuenta de ello... Lo que es yo, preferiría que me mordiese un perro rabioso a recibir un beso de esa bruja. ¿Sabe usted lo que ha hecho el domingo? Me lo ha contado la mujer del boticario. La pinta de cuerpo entero la hazaña... (Llaman a la puerta.)

M. BINI Adelante.

(Entra BALÓN. Es un ancianito sonrosado, redondito y que anda muy despacio, como si se deslizase. Viste un levitón con galones, muy raído. Debajo del brazo trae el violín.)

BALÓN (Sin pasar de la puerta.) Salud y felicidad, señorita María.

M. BINI Muchas gracias. Pero, pase usted, hombre, no se quede ahí en la puerta.

INÉS Adelante, Balón.

BALÓN ¡Ah! ¿Está usted también, señorita Inés? Muy bien.

INÉS Pase y siéntese.

BALÓN Demasiado honor.

INÉS Vamos, vengan esas noticias.

BALÓN Pues, agua... agua... y más agua.

INÉS Bueno, eso ya lo sabíamos. ¿Y luego?

BALÓN Más agua todavía. Agua en todas partes. Los techos empapados, las paredes agrietán-

dose. Según dicen, lo menos se tardará quince días en reparar los desperfectos.

INÉS (Gozosísima.) ¿Qué ha dicho usted? ¿Quince días? Como vuelva usted a decir eso, le doy un beso. (Palmoteando.) ¡Quince días de libertad!

M. BINI Pero, ¿no hay que lamentar ninguna desgracia, verdad?

BALÓN Ninguna. Es decir, la señora directora se ha escurrido al entrar y se cayó sentada en un charco. Pero en seguida la pescaron.

INÉS ¡Qué lástima!... ¿Y qué dice ella? ¿Con quién la ha emprendido?

BALÓN Con los socialistas. Dice que han sido ellos los que con sus ateísmos y sus impiedades han provocado la cólera divina.

INÉS Bueno, que hayan sido o no los socialistas, lo importante es que disfrutaremos de unas vacaciones inesperadas de quince días. ¿Por qué no celebra usted, amigo Balón, tan fausto acontecimiento tocando algo en su violín?

BALÓN (Punto menos que asustado.) Pero, le parece a usted, señorita Inés?... ¿Atreverme yo a tocar en una casa que no es la mia?... Yo suelo tocar cuando estoy solo... por... por olvidar que estoy solo...

INÉS ¿Lleva usted mucho tiempo tocando el violín?

BALÓN Pues... unos cincuenta años... Eso; justamente el mes pasado celebré mis bodas de oro con la música... ¡Las únicas bodas de mi vida!

INÉS ¡Cincuenta años nada menos! Tocará usted mejor que Paganini, me figuro.

BALÓN Verá usted, señorita. A ese Paganini que usted dice yo no le he oído nunca, pero tengo la seguridad de que toca mejor que yo... Pero por esto no crea usted que me faltan aptitudes para la música, ¡al contrario! lo que malogra mis brillantes disposiciones es el maldito sueño. Para mí no hay nada como la música para producirme el sueño. Esto les pasa a muchos, no vaya usted a creer, pero se lo callan. La costumbre establecida en los teatros de apagar la luz durante la representación de la ópera, no obedece a otra cosa. Si no hubiera sido por este defecto del sueño, ¡sabe Dios lo que ganaría yo

dando conciertos

dando conciertos! En cambio, miren ustedes, (Enseña unos agujeros muy grandes en los faldones del levitón.) voy, como quien dice, con las carnes al aire.

INÉS — Pero, ¿y eso?...

BALÓN — Tienen la culpa los pillastres de los chicos. A veces, para poder fumar mi pipa, que después del sueño es mi mayor deleite, les dejo que fumen ellos algún pitillo, pero a lo mejor, uno rompe a gritar: ¡Qué viene la directora!... Entonces yo, asustado, me echo en el bolsillo la pipa encendida... y ya ven ustedes las consecuencias.

M. BINI — ¡Pobre Balón!

BALÓN — ¡No saben ustedes la vidita que yo llevo!

INÉS — ¡Vamos, no se queje usted tanto, hombre!

BALÓN — No, si no me quejo ni mucho menos. ¿Para qué me iba a quejar después de todo?... Y eso que mi historia es bien desgraciada... Yo he sido profesor de latín es un colegio. Me sabía de memoria a Horacio y a Virgilio... pero poco a poco fuí perdiendo la memoria; aquellos versos tan bonitos se me fueron de la cabeza lo mismo que unos pajarillos cansados de estar en una jaula... Luego me acometió esta facilidad tan grande de coger el sueño... ¡Y así fué cómo desde profesor, descendí a bedel!... Como carrera no está mal, ¿verdad, señoritas?

M. BINI — Vamos, no piense usted en eso, hombre.

BALÓN — Es que he perdido la memoria para los versos, pero no para las penas.

INÉS — Si quiere usted olvidar, toque algo.

M. BINI — Sí, sí.

BALÓN — ¿Conocen ustedes *Música proibita?* Es todo mi repertorio.

INÉS — No importa. Oigamos.

BALÓN — (Se dispone a tocar, pero apenas ha iniciado los primeros compases se detiene para escucher.) Alguien sube.

DIREC. — (Desde dentro con voz áspera y desabrida.) ¿Vive aquí la señorita María Bini?

INÉS — ¡La directora! ¡La directora!

(Instintivamente, Balón intenta esconder el violín bajo los faldones del levitón. Inés se muestra también muy impresionada. Tan sólo María conserva una serenidad relativa y pasado el primer momento de sorpresa va a abrir la puerta.)

M. BINI ¡Señora directora!...

DIREC. (Entra y echa una rápida, pero severa mirada en derredor de la habitación.) Noto con cierta satisfacción que ustedes no se aburren, por lo visto.

BALÓN Yo estoy aquí, pues...

DIREC. (Severamente.) Usted se calla... Perfectamente, señoritas... ¡Muy bien!... Nunca olvidaré su preocupación y sus atribulaciones en un momento tan solemne y grave para la instrucción pública de la patria.

INÉS Yo acabo de volver de la escuela.

M. BINI Y yo a la escuela me disponía a ir justamente.

DIREC. Mientras allí se trabaja en las ruinas, entre el agua y el barro, aquí se come, se bebe, se toca y se baila...

BALÓN Yo le aseguro a la señora directora que jamás pude aprender a bailar.

DIREC. Usted se calla. Usted no debe despegar los labios sino cuando se le haga el honor de dirigirle la palabra. (A INÉS.) Si he de serle a usted franca, señorita, me sorprende sobremanera su actitud. Semejante ligereza no se aviene ni poco ni nada con su edad ni tampoco con su aspecto. (A María que intenta hablar.) Como en cambio no me sorprende en usted, señorita Bini, pues sus costumbres...

M. BINI Nadie puede decir nada de ellas.

DIREC. Pues se dice de sobra. Desde hace mucho tiempo tenía yo ganas de hacerle esta visita... Ahora todo me lo explico. Come y duerme usted entre flores, adornos y perifollos. Así no puede usted tener ni verdadera formalidad, ni verdadera religión... Vive usted...

M. BINI Vivo como mejor me place en mi casa.

DIREC. Absténgase de contestarme.

M. BINI Es usted muy injusta conmigo, señora directora.

DIREC. No la consiento a usted que me juzgue.

M. BINI Todas estas reprensiones sólo obedecen a la antipatía conque usted me ha honrado desde el primer día, y que poco a poco y sin motivo alguno se ha ido convirtiendo en una verdadera persecución.

DIREC. Tendré muy presentes estas palabras de usted al redactar el informe detalladísimo que he de hacer sobre la catástrofe.

M. BINI En ése informe podrá usted decir todo lo que quiera, todo menos que yo he dejado de cumplir con mis deberes. Y en cuanto a mi vida privada, señora directora, sepa usted que es clara y transparente como un vaso de agua y es además tan decorosa y honrada como pueda serlo la de usted.

DIREC. ¡Señorita!...

M. BINI ¡Ni más ni menos!

DIREC. Sin embargo, no piensan lo mismo todos los del pueblo desde el señor Conde, Alcalde presidende, para abajo.

M. BINI. Eso quiere decir que todos los del pueblo, desde el señor Conde, Alcalde presidente para abajo me calumnian.

DIREC. Nada de eso. Lo único que hacen es juzgar su comportamiento.

M. BINI Pues juzgan de una manera equivocada.

DIREC. Observan atentamente su conducta. Usted vive demasiado sola.

M. BINI Eso puede ser una pena, nunca una falta.

DIREC. No recibe usted carta alguna.

M. BINI Porque soy sola... hasta desde lejos.

DIREC. (Bufando.) Está bien... Por lo pronto sepan ustedes que el te-tango se ha acabado. Aún cuando la escuela tiene que permanecer cerrada por ahora, yo he tomado las medidas del caso. Las clases se darán en los salones del Ayuntamiento. El señor Alcalde ha tenido la amabilidad de ponerlos a mi disposición Hasta mañana a la hora de costumbre, señoritas. (A Balón.) Usted también lo ha oído, ¿eh?

BALÓN (Balbuciente.) Sí, señora directora...

DIREC. Y déjese de violines. Un funcionario público no debe imitar a un murguista ambulante. Vergüenza debiera darle a usted... Ahora sigan ustedes celebrando la catástrofe si les place. En mi informe no olvidaré este detalle. (Sale con aire ridículo de ira y dignidad.)

INÉS (Al cabo de un prolongado silencio.) ¡Tía bruja!

BALÓN *Mostrum horrendum, informe, ingens...*

DIREC. (Entrando de pronto,) ¡Tampoco me olvidaré de esto! (Vase.)

INÉS (Después de etra pausa y de cerciorarse de que la Directora se ha ido definitivamente.) Esa infame va a conseguir que nos destituyan a los tres.

BALÓN No habría justicia en el mundo. (A María, que

muy mortificada, permanece callada.) Animo, señorita María; no hay que desesperarse. Ya ha visto usted que yo hasta he recordado un verso de Virgilio para mandar a los infiernos a la dichosa señora... Animo.

M. BINI — Me preocupo sobre todo por ustedes... Yo he tenido en parte la culpa de lo que ha pasado.

INÉS — Como que no dejaba usted de contestarla...

BALÓN — Ha hecho divinamente.

INÉS — No digo que no; pero nos dejarán cesantes a todos.

M. BINI — No lo diga ni en broma... Sería para mí un cargo de conciencia tan grande...

BALÓN — Como me dejen cesante, me afilio en el partido socialista, y entonces, ¡ay de ella y ay de todo el mundo!

INÉS — Yo me voy a la escuela. Procuraré ver a la directora y trataré de calmarla.

M. BINI — Sí, por Dios, vaya usted a verla. Pídala perdón también en mi nombre.

INÉS — Descuide... Confiemos en Dios. (Vase.)

M. BINI — (Descorazonada, casi llorando.) Esto no es justo, no es justo, ea!... Vamos a ver, ¿qué es lo que hago yo para que todos se ensañen conmigo?

BALÓN — Muy pronto se adivina el motivo. Es usted demasiado bonita. Eso es todo. Envidia. Nada más natural. Pero no se preocupe por ello. Animo, ánimo. Termine usted de almorzar mientras yo voy a hacer lo mismo.

M. BINI — Tiene usted razón. No hay que desanimarse por tan poca cosa. Basta de tristezas y a almorzar. Diga ¿a usted le gustan los melocotones?

BALÓN — ¿Que si me gustan? ¡Ya lo creo! Pero a buen precio están todavía.

M. BINI — ¿Quiére usted uno? Pero grueso como mi puño y dulce como el almibar. Venga usted conmigo. Pasemos al jardín y podrá coger el que más le agrade. (Le coge de la mano y le lleva hacia la ventana. Abre ésta y una hermosa rama de un melocotonero cuajada de fruto que se apoyaba en los cristales entra completamente en la habitación.)

BALÓN — ¡Carambal Le traen a usted la fruta a domicilio.

M. BINI — Mire, mire qué maravilla. ¿Quiere éste?

BALÓN ¿De veras me le da usted?

CONDE (Dentro, desde el jardín.) ¡Hola, señora maestra!

M. BINI (Asustada.) El Conde... el señor Alcalde. ¡Ahora sí que la hemos hecho buena!

BALÓN (Asustado también.) ¡El señor Alcalde! ¡Esta sí que es grave!

CONDE ¡Señorita!...

M. BINI (Asomándose a la ventana.) Muy buenos días, señor Alcalde.

CONDE ¿Podría tener el gusto de decirle a usted dos palabras?

M. BINI Y aunque sean tres, señor Alcalde.

BALÓN ¡Yo me escapo!

M. BINI Pero, coja usted el melocotón siquiera.

BALÓN ¡No, no!

M. BINI Le digo a usted que le tome. (Le arranca y se le da a la fuerza.)

(Al salir Balón corriendo tropieza con el CONDE FELIPE que entra. Le hace una gran reverencia, murmura unas palabras y vase. El Conde Felipe es un hombre algo maduro pero guapetón y de buena presencia. Viste con elegancia algo detonante, esto es, algo exagerada, algo llamativa. Es el hombre que quiere aparecer elegante a toda costa y que cree que el ideal es llevar cosas muy buenas, muy nuevas y que representen a primera vista estas cualidades. Lleva traje de montar con media bota y espuelas. Una corbata agresiva. Guantes demasiado flamantes. Muchas alhajas. Gorra de automovilista con escudo de un Club. Una gran flor en el hojal. En la boca un grsn habano. Al entrar se queda cerca de la puerta en actitud de amo y no se quita la gorra.)

M. BINI (Un tanto cohibida por la sorpresa.) Ruego a usted, señor Alcalde... que pase... Tome asiento.

CONDE Lo que tengo que decirle puede decirse desde aquí y estando en pie.

M. BINI Como usted guste.

CONDE Pues me gusta así.

M. BINI Según veo, no es preciso recordarle que es el amo. (Se dirige a un mueble, coge su sombrerillo y se le encasqueta con rabia, dejándole un poco ladeado, de forma semejante a la que lleva el Conde Felipe la gorra.)

CONDE ¿Iba usted a salir?

M. BINI No, señor.

CONDE Entonces, no comprendo...

M. BINI ¡Pches! Espíritu de imitación.

CONDE Me permito recordar a usted, señorita, que

no estoy acostumbrado a recibir lecciones de nadie.

M. BINI Es una lástima, señor Alcalde, pues buena falta le hace a usted... ¿Quiére decirme a qué debo el honor de esta visita?

CONDE (Enojado por la lección que acaba de recibir, pero terco y altivo, sigue sin descubrirse.) ¡Muy ricos! ¿Eh?

M. BINI ¿Qué?

CONDE Mis melocotones.

M. BINI ¡Ah, riquísimos! Siempre que como uno me hace el efecto de que estoy mordiendo en una gran flor perfumada cubierta por un rocío almibarado.

CONDE Bueno, pero vamos a ver, señorita maestra, ¿se puede saber cuándo va usted a dejar de comerlos?

M. BINI En cuanto el árbol deje de meterse en mi casa.

CONDE Haga usted el favor de dejarse de bromas y tenga presente con quién está hablando.

M. BINI Eso no es fácil olvidarlo aunque quisiera una.

CONDE En fin. Aquí hay que cortar por lo sano.

M. BINI Pues corte usted el árbol.

CONDE ¡No me falte usted al respeto! Soy la primera autoridad del pueblo.

M. BINI ¡Pobre pueblo!

CONDE ¡Señorita!...

M. BINI ¡Señor Alcalde!

CONDE Yo la he alquilado a usted el cuarto y no la huerta.

M. BINI Yo no bajo a la huerta ni mucho menos. Es la huerta la que se mete en mi casa.

CONDE Como usted toque otra vez a mis melocotones...

M. BINI Mande cortar el árbol.

CONDE ¿No quiere usted callarse?

M. BINI Estoy en mi casa.

CONDE ¿De modo que tiene usted el decidido propósito de desacatar mis órdenes?

M. BINI A lo que estoy decidida es a no tolerar impertinencias de nadie.

CONDE Bien, pues para fin de semana desaloja usted el cuarto.

M. BINI Poco a poco, señor Alcalde. Me hizo usted firmar un contrato por años.

CONDE Queda anulado.

M. BINI Ah, para eso están los tribunales.

CONDE Aquí no hay más tribunal que yo, ni más fuerza que yo, ni más estado que yo.

M. BINI ¡A las órdenes de Luis XIV!

CONDE ¡Catorce o quince o veinte, si usted quiere! para el caso lo mismo da... Y puesta ya la conversación en este terreno, sepa usted que si la despido, no es solamente por lo de los melocotones, sino por otras muchas razones bastante delicadas y complejas... Tengo la obligación de velar por el orden y la moralidad del vecindario y el deber de vigilar a quien esté confiada la educación de las niñas, que el día de mañana han de ser mujeres y madres... Y lo único que sé de usted es lo que se murmura, y que no la favorece por cierto... Se comenta que a diario, en cuanto terminan las clases, usted desaparece como por encanto. Nadie sabe a dónde va y regresa a su casa muy tarde. Los domingos jamás se la ve en la iglesia, ni en la plaza, ni en la botica siquiera... ¿Qué me contesta usted a todo esto? ¿Qué hace usted? ¿A dónde va? ¿Dónde se mete?

M. BINI Voy al cementerio.

CONDE ¿A dónde?

M. BINI Que los desocupados de la botica y las criadas del mercado se entretengan en hablar mal de mí y calumniarme, me lo explico perfectamente; pero que usted, señor Conde, que tiene todas las condiciones para ser bueno, haga lo mismo que las criadas y los desocupados, atormentar a una desdichada como yo, eso no me lo explico.

CONDE Yo no atormento a nadie.

M. BINI ¿Por qué me trata usted de este modo? ¿Cuáles son las verdaderas razones que le han impulsado a venir a mi casa para ofenderme con esos aires y esos modales de... de vendedor de fruta?

CONDE Vamos por partes. Ante todo, yo no la he ofendido a usted.

M. BINI ¿Que no? ¡Ya lo creo!

CONDE ¿Pretendía usted acaso que le pidiera perdón?

M. BINI No pretendo nada.

CONDE Menos mal, porque sepa usted que siempre que alguien pretende obligarme a alguna cosa que no responde a mis sentimientos,

me sublevo... De creer que la había ofendido yo mismo la pediría perdón espontáneamente, pero a la fuerza, nada... He venido a su casa para decirle... Ya le he dicho a usted lo que... Y si he sido un tanto... un tanto... Ha sido únicamente por... Eso. (Quitándose la gorra.) Ruego a usted que me perdone.

M. BINI (Quitándose el sombrero y haciendo una inclinación de cabeza.) Muchas gracias.

CONDE Usted no sabe, o finge no saber, que en el pueblo hay una verdadera hostilidad contra usted.

M. BINI ¿Y por qué causa, Dios mío?

CONDE Porque a nadie le cabe en la cabeza que en el tiempo que lleva usted en el pueblo no haya tenido amistad con nadie, no haya necesitado de nadie, no haya usted llamado una vez al médico, ni haya ido por casualidad a la botica.

M. BINI ¡A Dios gracias he tenido muy buena salud!

CONDE Eso no quiere decir nada. Aquí hay que ir a la botica como los antiguos romanos iban al foro, por deber público. Además, la directora de su escuela recibe todos los domingos, pues bien, usted asistió a una de esas recepciones y después no ha vuelto.

M. BINI ¡Y usted sabe todo lo que me aburrí aquella vez!

CONDE Ni siquiera va a la plaza a oir los conciertos de la banda municipal.

M. BINI ¡Pero si toca tan mal que es un dolor!

CONDE Todas estas tonterías, comentadas y ampliadas, han acabado por levantar en la llamada opinión pública una oleada de antipatía hacia usted... Ya tiene explicado el motivo por el cual, como alcalde, me he visto precisado a ocuparme de usted. Como alcalde tan solo, entendámonos, pues como caballero particular no tengo prevenciones de ningún género contra usted... Muy al contrario. Como caballero particular... permítame usted que se lo diga, la encuentro muy simpática.

M. BINI ¡Cualquiera lo hubiese dicho!

CONDE Sin embargo, así es. Después de todo, es usted la única mujer posible, consiéntame esta palabra, posible y potable en el pueblo... Es usted la única persona de aspecto

civilizado y hasta elegante... ¿Por qué había yo de adoptar una actitud hostil para con usted de no verme obligado a ello?... Yo vivo en este pueblo porque es en él donde poseo mi castillo, mis terrenos de caza, mis principales bienes, y porque además soy el alcalde, como lo fueron muchos de mis antepasados... Pero apesar de todo estoy aquí lo menos posible, me apesta esta colmena de chismes. En cuanto puedo me escapo y me voy a Roma, donde tengo una casa puesta a todo lujo, y todos los años echo un vuelecito hasta París. ¡Hasta París! Sí, señorita, ¡hasta París! ¡Usted no sabe lo que es aquello!

M. BINI ¡No lo he de saber!

CONDE Ah, de figurárselo por las novelas y los periódicos, a verlo...

M. BINI Es que lo he visto.

CONDE ¿Usted?

M. BINI Sí, yo.

CONDE ¿De modo que ha estado usted en París?

M. BINI ¿Tanto le asombra?

CONDE Sí. . No... No sé como explicarme, pero me parece que esta circunstancia tan sencilla me acerca hacia usted un poco más. Eso es. Ahora me parece conocerla a usted mejor... No sabe usted qué alegría me da saber que en este pueblo puedo hablar con alguien de París... ¡La capital síntesis, la ciudad milagro!...

M. BINI Todo un mundo.

CONDE ¡Qué lujo!

M. BINI ¡Y qué miserias!

CONDE ¿Y qué hacía usted en París?

M. BINI Como hacer... ni lo bastante para inspirar lástima, pues no conocía a nadie.

CONDE ¡Qué recuerdos más tristes!

M. BINI ¡Qué le vamos a hacer! Todos mis recuerdos son por el estilo... Y si hay alguno algo menos triste, es porque le he inventado yo... (Sobreponiéndose a sí misma con un gesto.) Más vale no pensar en ello.

CONDE Debo decirla a usted que cuando la veía pasar por debajo de mis ventanas para dirigirse a las escuelas, más de una vez se me ocurrió pensar: ¡Qué monísima! ¡Qué elegancia y qué chic tan especial tiene la maes-

trilla! Con mucho gusto me dejaría yo enseñar por ella lo que quisiera.

M. BINI ¡Señor Conde!...

CONDE No la miento a usted... Y no crea que soy ningún lego en la materia, aunque me esté mal en decirlo. ¡Tengo yo una vista... *J'ai l'œil*, que decimos en París... ¡Vaya, vaya si conozco yo al detalle esa delicada y complicadísima máquina que se llama la mujer!...

M. BINI ¡Sabe Dios cuántas habrá usted echado a perder para conocer el mecanismo!

CONDE ¡Eso! ¡Vaya usted a saber!

M. BINI Por algo le llaman a usted Felipe el Hermoso.

CONDE Usted ha sido la que me ha puesto ese mote, me consta.

M. BINI ¿Acaso por eso está usted ofendido conmigo?

CONDE Me molestó cuando lo supe; pero la perdono a usted. Quiero ser generoso.

M. BINI Pero no cuando se trata de los melocotones.

CONDE Cuando se trata de los melocotones también. ¡Ah, si fuesen *les pêches do peché!*... Los melocotones del pecado... Un chiste parisiense, ¿verdad, María? (Se ríe muy satisfecho de su ingenio.) Los melocotones han sido un pretexto. Lo confieso. No encontraba un motivo oportuno para ostentar mi severidad municipal y se me ocurrió ese. El melocotón de la discordia... Bien se ve que usted no me conoce. Pregunte a quien quiera si el Conde Felipe es un avaro.. Solo tengo que decirle que aún no hace un año me habían buscado una novia que tenía nada menos que tres millones de liras como dote. Así como suena, tres millones, lira sobre lira, y rehusé en redondo.

M. BINI ¡Qué desencanto sufriría la pobre!

CONDE ¿Quién?

M. BINI La poseedora de los tres millones, al saber que no le alcanzaban para comprarse el novio que se le había antojado.

CONDE Es usted muy graciosa, señorita maestra.

M. BINI Todo se pega menos la hermosura, y a fuerza de oirle decir a usted frases de ingenio...

CONDE (Después de contemplarla unos instantes con avidez.) Señorita María...

M. BINI Señor alcalde...

CONDE Me gusta usted muchísimo.

M. BINI ¡Ah, me alegro!

CONDE ¿Y yo no la agrado a usted?

M. BINI Pues, francamente, no.

CONDE No importa... *ça viendrá*, que decimos en París... Se me ocurre una idea. Yo me aburro en este pueblacho... Usted también se aburre... Conque, dos y dos...

M. BINI Cuatro.

CONDE Bien se conoce que es usted maestra... Ya me ha entendido usted. Ya que nos aburrimos, amémonos.

M. BINI ¡Muy bien! ¿Y las malas lenguas?

CONDE Ya me encargaré yo de mandarlas callar.

M. BINI ¿Y la botica?

CONDE La mando cerrar... María, en nombre de nuestro aburrimiento y en recuerdo de París... (Intenta cogerle una mano.)

M. BINI Haga usted el favor, señor Alcalde.

CONDE El favor es usted quien tiene que hacérmele.

M. BINI ¡Ea! ¡Basta ya! No pase usted de una a otra ofensa. Solo me faltaba tener un amante. ¡Aviada estaba!

CONDE ¿Y qué necesidad había de que nadie lo supiese?... Nos haríamos un rinconcito, un pequeño paraíso para los dos...

M. BINI No insista usted. Sea usted un buen amigo mío. ¡Me siento tan sola, que una amistad desinteresada sería para mí un gran consuelo!... A usted le gusta ser un hombre original, excéntrico ¿no es eso? Pues mire; le brindo una ocasión para serlo de verdad. ¿Acaso no le parece a usted una cosa muy singular ser bueno y generoso con una pobre mujer que no es guapa ni alegre; que nada puede dar en recompensa; que nada significa y que nada vale? No cabe nada más singular y excéntrico. Es cosa bien fácil para usted... Pruebe y verá qué sencillo y qué dulce le resulta.

CONDE Acabará usted por conseguir que me torne serio.

M. BINI Eso querría decir que se estaba usted tornando bueno.

CONDE ¡Vaya, y qué mujercita más rara me ha resultado usted!... Yo no la conocía. Cuando

vino al pueblo me hallaba yo en Roma... Ni siquiera tuve noticia de su nombramiento. ¿De dónde es usted?

M. BINI De Altamira.

CONDE ¿Altamira del Monte?

M. BINI Eso es.

CONDE ¡Tan cerca de aquí y no haberla visto a usted nunca!

M. BINI Es que falto de mi pueblo desde hace nueve años, y...

CONDE Diga, diga. Altamira del Monte está también, como usted sabe, bajo mi jurisdicción. Pertenece a este Ayuntamiento... Me interesa sobre manera. Tenga usted confianza. Para que dos personas lleguen a ser amigas tienen que conocerse un poco... Cuénteme, cuénteme la historia de su vida, que se me antoja que es interesante.

M. BINI ¡Pero si mi historia es una especie de novela por entregas!

CONDE ¡Mejor!

M. BINI ¿De veras quiere usted que se la cuente?

CONDE Se lo exijo.

M. BINI Pues en un pueblecito muy pequeño, había una niña... ¿Para qué le voy a aburrir a usted?

CONDE No. Me hará el efecto de que me quita usted unos años de encima.

M. BINI Pues, había una niña de diecisiete años, buena, humilde y pura. Un día, en su camino florido de ilusiones y ensueños, encontró al coco que iba disfrazado de hombre. Tantas cosas bonitas la dijo, que la niña se dejó engañar y...

CONDE La devoró.

M. BINI De aquél encuentro nació una...

CONDE ¡Ah!

M. BINI Pero él no quiso casarse con ella.

CONDE ¿Y eso?

M. BINI Porque él era riquísimo.

CONDE ¿Y la muchacha, no?

M. BINI No. La familia, celosa del honor de su apellido, echó a la muchacha de casa entre juramentos y maldiciones, y hasta se negó a ocuparse de la criatura recién nacida. Entonces, él, envió a la niña a una de sus posesiones, donde murió a los pocos días. El angelito aquél se fué de este mundo ense-

guida. ¡Era tan pequeña!... Algo así como un soplo de vida que pasó por aquí abajo sin que nadie se diera cuenta de ello... Con decir a usted que su madre no tuvo ni tiempo para bautizarla con un nombre cualquiera. Y ahora, cuando se acuerda de ella, ni sabe cómo llamarla... El coco le dijo a la muchacha que era preciso que los dos se fueran lejos del pueblo, para que todo el mundo olvidase el escándalo... Se fueron a Génova y allí embarcaron con una multitud de desgraciados que lloraban al dejar su patria... El vapor zarpó y hasta entonces no se dió cuenta la muchacha de que el coco la había engañado de nuevo. La había dejado sola. La enviaba como se envía un fardo al que se ha olvidado de poner la dirección, pues lo cierto es que ella no sabía realmente a dónde iba.

CONDE ¡Qué canalla!

M. BINI A pesar de todo, la muchacha no tuvo ni siquiera valor para arrojarse al mar... Siguió adelante completamente sola entre aquella muchedumbre, que ya no lloraba, sino que por el contrario, cantaba...

CONDE No quisiera yo que al recordar todo esto sufriera usted demasiado.

M. BINI Realmente, me hace daño, sí; pero no importa... Descuide usted. Ya no lloro... Necesito que alguien sepa mis desgracias, que alguien me tenga lástima... Así me parecerá que estoy menos sola... Llegué a Buenos Aires. Una capital inmensa, ilimitada como un desierto. Todo lo que puede hacer una hormiga en un desierto para no morirse de hambre, lo hice yo. ¿Por qué? No lo sé yo misma. ¿Por qué no quise morir aun cuando sentía tanta necesidad de ello? No lo sé. Lejos de abandonarme para morir, hice todo lo que humanamente pude para resistir, para luchar... Todo lo que se puede padecer, lo he padecido. En la humillación y en la miseria, he llegado a donde puede llegar un ser humano. Por fin, inesperadamente, Dios me hizo la gracia de acordarse de mí. Quiso el cielo que conociera a la esposa del cónsul de Italia, que tuvo para conmigo una bondad extraordinaria. Fuí su doncella y al

mismo tiempo la maestra de sus hijas. Empezaba a vivir tranquila cuando me acometió una enfermedad inexplicable. Comenzó a consumirme el afán de volver a Italia, de regresar aquí para buscar, para encontrar a toda costa el pedazo de suelo donde está enterrada mi hija. Ese afán llegó a ser en mí algo como una verdadera manía. Ya no tuve hora de sosiego. Al cabo de algún tiempo, el cónsul fué trasladado a Londres. Me llevaron con ellos a París, y allí me quedé, para que no estuviese otra vez la mar entre mis recuerdos y yo. Dos años más de estrecheces, de penalidades, y después, a fuerza de voluntad, de firmeza, de ruegos, de recomendacione, de verdaderos milagros, en fin, conseguí volver a Italia y lograr esta plaza de maestra... Ahora, cuando las gentes del pueblo notan que desaparezco, ya sabe usted a donde voy. Ando unos cuanto kilómetros para llegar al cementerio de Altamira, afortunadamente oculto en los montes y que nadie frecuenta, y allí me arrodillo ante la tumba de una niña, que no sé, pero que creo que es la mía... ¿Qué más da? Allá, bajo la tierra, todos son iguales. Todos son nuestros,.. Cuando rezo allí sola sobre tanta sepultura me hace el efecto de que soy la mamá de todos los niños muertos... Y esto es todo. Se acabó la historia.

CONDE (Está muy conmovido; no sabe qué decir. Después de una prolongada pausa, dice de pronto:) ¡Coma usted todos los que quiera!

M. BINI ¡Muchas gracias!

CONDE ¡Y valor!

M. BINI Valor, no me falta. Al contrario... Pero qué mal hace una en evocar recuerdos... Con ellos, cuando son tan tristes, se siente la necesidad de decir: la vida me apena; quiero morir... (De nuevo se oye el violín tocando «Musica proibita». María rompe a reir convulsivamente.) ¡Ah, esto si que tiene gracia! ¿Está usted oyendo? ¡Querría morir! Ahora puedo decírselo a usted con música y todo. Puedo cantárselo. (Canta, pero riéndose convulsivamente.) «Querría morir...» Aquí viene el gallo. ¡Tac! ¿Lo ha oído usted? Lo mismo que en mi vida. ¡Dan ganas de morirse de risa! (Rompe a llorar des-

consoladamente.) ¡Querría morirme! ¡Qué anhelo, qué necesidad tan grande tengo de ello! (Felipe la deja desahogarse. Está hondamente conmovido. Experimenta el deseo de acariciarla los cabellos, de decirle alguna palabra, pero no se atreve. La mira de nuevo, duda un instante, y por fin, vase mientras baja el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho del Alcalde, en el Ayuntamiento. Un salón no excesivamente grande, bien amueblado. A la derecha una amplia mesa llena de papeles, expedientes, cartas y telegramas. Detrás de la mesa una chimenea con un fuego suave. Sillas y butacas convenientemente repartidas. Junto a la pared, librerias. Por la puerta del foro se ve un amplio pasillo pintado de blanco. Una puerta a la derecha y otra en la izquierda. Cerca de la pared del foro, a la izquierda, unos cuantos bancos de escuela, amontonados unos sobre otros. Algunos cuadros, colgados unos y sobre los bancos otros, para la enseñanza de zoología y botanica. Luz del dia.

—

(Aparece sentado ante la mesa el CONDE FELIPE firmando documentos. Un ORDENANZA, en pie junto a él, va recogiendo los documentos y secando las firmas.)

CONDE ¿No ha venido todavía el señor Guidotti?

ORD. No, señor Alcalde.

CONDE ¡Qué lentos y qué pesados son estos lebreles de la justicia! ¿Y serán ya...?

ORD. ¡Cuarenta!

CONDE ¿Qué dices, hombre?

ORD. Me refiero a las firmas, señor Alcalde, las cuento por si se traspapelase algún documento.

CONDE ¿Hay alguien esperando en la antesala?

ORD. El director de la banda municipal.

CONDE ¿Se puede saber qué quiere ese majadero?

ORD. Que ya lo tiene todo dispuesto para ir a tomar parte en el concurso regional de bandas.

CONDE ¿Y por qué no se marcha? ¿Qué aguarda?

ORD. Un telegrama.

CONDE Pues mira, aquí hay un montón de telegramas. Dale uno cualquiera y que nos deje en paz.

ORD. ¡Qué buen humor tiene vuecencia! Dios se lo conserve muchos años. ¡Es tan raro dar con un señor Alcalde divertido!... También espera Pablo Barozzi.

CONDE ¿Quién es ese señor?

ORD. Uno que quiere fundar un periódico que sería, según dice, el mejor de toda la rsgión; el más diario de todos.

CONDE ¿No le tengo ya dicho a ese hombre que aquí los chismes y cuentos nos los decimos de viva voz sin necesidad de mandarlos imprimir? Dile al señor Barozzi que no estoy.

ORD. Es que le he dicho que estaba vuecencia.

CONDE Pues le dices que te has equivocado. ¿Hay más personas esperando?

ORD. Cincuenta y tres. (El Conde da un salto.) ¡Son las firmas! Sigo contando las firmas. No. No hay más gente.

CONDE (Ha terminado de firmar y se levanta.) Quedamos en que me librarás del jefe de la banda y del periodista. Es preciso que aprendas mejor tu oficio. Tu deber es evitarme las impertinencias de la gente. Un Alcalde que merezca este nombre ha de ser como el ave fénix; que todo el mundo diga que existe, pero que nadie sepa dónde se encuentra.

ORD. Vuecencia es el hombre más gracioso de la comarca.

CONDE Muchas gracias, querido. Ahora vé a decir al señor secretario que tenga la bondad de dejarme un sitio en su despacho, porque aquí van a dar clase las niñas.

ORD. (Sorprendido) ¿Aquí? ¿En el despacho del señor Alcalde?

CONDE Sí, aquí. ¿Tanto te choca? La temperatura ha refrescado inopinadamente, y aquí al menos no se helarán de frío las pobres criaturas. Estos bruscos cambios de estación, estos prematuros fríos apenas iniciado el otoño, son muy peligrosos.

ORD. Con el debido respeto diré a vuecencia que exagera un poco.

CONDE ¡Basta de comentarios! No faltaría más, hombre... Anda. Vé a dar el recado al secre-

tario y luego, en cuanto venga el jefe de policía, me avisas.

(Se va el Ordenanza por la izquierda al mismo tiempo que entra BALON por el foro.)

BALÓN Muy buenos días, señor Conde Alcalde.

CONDE Que bien estarán aquí dentro las pequeñas, ¿eh?

BALÓN Ya lo creo. El día está muy frío, y aquí da gusto entrar.

CONDE ¿Habrá bastante con esos bancos?

BALÓN (Contándolos.) Me parece que no.

CONDE Pues que traigan más y todo lo que pueda hacer falta a la señorita Bini... Menos el sillón. Del sillón me he ocupado yo mismo.

BALÓN (Con aire de misterio.) Oiga, señor Alcalde.

CONDE ¿Qué ocurre?

BALÓN La directora se ha puesto amarilla.

CONDE ¡Qué monísima estará!

BALÓN Se ha indignado porque vuecencia va a poner a la señorita María en el mejor salón del Ayuntamiento. Por lo pronto, ya está preguntando por vuecencia.

CONDE ¡Pues ya puede preguntar! Por si se empeña en verme, dígala usted que me ha tragado la tierra; que tal vez haya fallecido. ¿Entiende?

BALÓN Sí, señor Alcalde. Descuide vuecencia.

CONDE Oiga, Balón.

BALÓN Vuecencia me mande.

CONDE ¿Y la pipa?

BALÓN (Tímido.) Pues me la he dejado en casa.

CONDE ¡Venga esa pipa!

BALÓN (Asustado.) Me la he dejado, palabra.. ¿Cómo iba yo a atreverme a traerla al Ayuntamiento?... Me la he dejado sola...

CONDE Pues lo siento, porque quería obsequiarle a usted con un tabaco inglés aromatizado con miel que es cosa rica...

BALÓN Espere usted. Me parece que sí la traigo. (Saca del bolsillo del levitón una pipa monstruosa.)

CONDE ¡Horror! Eso no es una pipa! Es una estufa! Pero no importa Llénela usted hasta arriba. (Le ofrece una bolsa de tabaco.) Apriete usted, hombre, apriete usted. Un día, es un día.

BALÓN (Con pena.) ¡Es que no cabe más!... La verdad es que las pipas, para ciertas ocasiones, debieran tener depósito como los automóviles. Muchas gracias, señor Alcalde.

CONDE Encienda y a ver qué le parece el tabaquito.

BALÓN ¡Ah, eso sí que no!... ¿Y si me ve la señora directora?

CONDE Si la directora le ve a usted le dice que yo le he autorizado, porque una pipa así contribuye a la calefacción de los locales. Vamos, tenga una cerilla. (Ayuda a Balón a encender la pipa. En esta operación les sorprende la DIRECTORA que, severa y con cara de pocos amigos, se presenta por el foro.)

DIREC. (Con voz retumbante.) ¡Señor Alcalde!...

CONDE ¡Socorro!

(Balón se guarda la pipa en el bolsillo y sale corriendo por el foro.)

DIREC. Ruego a vuecencia...

CONDE Y yo ruego a usted que no vuelva a darme semejantes sustos.

DIREC. Tengo el honor de solicitar de vuecencia una entrevista de diez minutos.

CONDE Con muchísimo gusto. Más todavía, con verdadero entusiasmo, pero luego. Ahora me marcho. Cuando vuelva le concederé no diez minutos sino diez siglos.

BALÓN (Entrando de nuevo.) La policía, señor Alcalde.

CONDE ¿La policía? ¡Que pase; que entre en el acto. Sucede algo muy gordo, señora directora. (Indicándole la puerta.) Algo muy grave. Gravísimo.

DIREC. Pues esperaré, señor Alcalde.

CONDE Muy bien; pero espere usted sentada. (La Directora se va por el foro con aire majestuoso.) Que entre el señor Guidotti. (Balón va a buscarle y Guidotti entra en seguida.) Hola, querido señor Guidotti. ¿Qué hay?... Pero, no. Espere. Tengo noticia de que la directora le gusta escuchar detrás de las puertas. (Las cierra.)

GUIDOTTI ¿La terrible directora de las escuelas?

CONDE Calle, hombre. Cuidado que podrían haber caído calamidades sobre este pueblo, pero como esta... En fin, paciencia. ¡Qué le vamos a hacer! Vamos a lo nuestro, señor Guidotti. ¿Ha averiguado usted algo?

GUIDOTTI He averiguado quién es nuestro hombre.

CONDE ¡Enhorabuena! ¿Y quiés es?

GUIDOTTI Un individuo llamado Jaime Macchia.

CONDE No le conozco.

GUIDOTTI Aquí tiene usted unos cuantos informes.

exactos y detallados. (Lee un papel.) Jaime Macchia, hijo de Bartolomé, de treinta y siete años, casado con Rosa Carrara, sin hijos, partida criminal, limpia salvo alguna que otra multa por haber cazado durante la época de veda. Informes de su carácter y moral, pésimos. La vida íntima del tal sujeto aunque se trate del propietario más acaudalado de Altamira, es deplorable.

CONDE ¿Es decir que?...

GUIDOTTI Se lo voy a explicar a usted. Las víctimas del señor Macchia, según parece, no han sido solamente las liebres, sino las mujeres... Y fueron muchas... muchísimas, y cazadas... ¿cómo diré a usted?

CONDE En época de veda. ¿No es eso?

GUIDOTTI Algo por el estilo. Aquí le traigo a usted una lista, aunque muy incompleta todavía. María Bini Luciani, de Altamira. Apenas tenía dieciseis años cuando... cuando tuvo la mala suerte de tropezar con el cazador. Después del tropiezo, Macchia la envió a América. A los ocho meses cayó Laura Monti, tambien de dieciseis años y también remitida a América...

CONDE Por lo visto, el tal Macchia tendrá un contrato o abono con la Compañía de navegación.

GUIDOTTI Después se casó.

CONDE ¿Y también ha enviado a América a su mujer?

GUIDOTTI No, a esa, no.

CONDE Menos mal. Adelante.

GUIDOTTI Avariento hasta el punto de tasar la comida a las gentes de su casa y a sus ganados. Habla poco para economizar saliva. Juega a la lotería con verdadero furor y pega a su mujer cada vez que no logra premio.

CONDE Paliza decenal, entonces.

GUIDOTTI Exacto. Este es nuestro hombre.

CONDE ¡Una alhaja! ¿Y le ha visto usted?

GUIDOTTI No. Se había ido a una posesión que tiene lejos del pueblo y no se sabe cuándo iba a volver. Pero ahora voy a ir a ver a una mujer llamada María Tinimini que estuvo sirviendo varios años en casa de los Macchias, y con los que, según dicen, salió riñendo y los odia.

CONDE Muy bien. A interrogarla en seguida. No re-

pare usted en gastos, ¿sabe? Dé propinas, haga regalos; todo lo que haga falta. (Entra Balón trayendo con gran trabajo un cómodo y magnífico sillón antiguo.) Un momento, Balón. (A Guidotti.) Para despachar antes, coja usted mi automóvil. (Se vuelve y ve a Balón con el sillón en las manos sin atreverse a dejarle.) ¡Pero déjele usted en el suelo, hombre, ni que estuviera usted criándole! (A Guidotti.) Vaya a casa y que preparen el auto. Dentro de unos instantes soy con usted.

GUIDOTTI Muy bien.

CONDE No perdamos tiempo. (Acompaña a Guidotti hasta el pasillo y luego vuelve.)

BALÓN El sillón éste le han traído del palacio de vuecencia.

CONDE Espero que sea bastante cómodo para ella.

BALÓN Ya lo creo. Demasiado cómodo. Yo, como estuviese sentado en él cinco minutos me quedaba dormido.

(Entra MARIA por el foro. Balón se inclina ante ella de un modo exageradísimo y se va.)

M. BINI La verdad es que no sé cómo darle a usted las gracias, señor Alcalde.

CONDE Pues cuando uno no sabe hacer una cosa, no la hace.

M. BINI Bien, pues no se las doy a usted.

CONDE Así debe ser. . He decidido que sus pequeñas den la clase en este despacho, porque en la sala que están ahora tendrían seguramente frío.

M. BINI ¿Puedo darle las gracias en nombre de ellas?

CONDE Eso sí.

M. BINI Pues muchas gracias.

CONDE No las merece.

M. BINI Señor Alcalde... Hay una persona sumamente buena a quien usted mismo tal vez no conozca...

CONDE ¡No la he de conocer si me la presentó usted misma el día de los melocotones!.., ¡Es realmente un bello sujeto!... ¡Si viese usted qué alegría tan grande he experimentado al conocerle!... Bueno. Ahora echemos una mirada a este sillón.

M. BINI ¡Es soberbio!

CONDE Puro estilo siglo XV. Madera, tela, bronces bordados auténticos... Es una reliquia de familia. Ese asiento tuvo el honor de ser ca-

lentado por un Cardenal ascendiente mío. Pruébele usted.

M. BINI ¡Oh, eso sí que no! Me parecería una profanación. Nunca me atreveré a semejante cosa. Respeto el sagrado calorcito del Cardenal.

CONDE ¡A los cuatrocientos años, dónde estará ya el calor! (Riendo.) Pruebe a ver si está cómodo. (Casi a la fuerza y siempre riendo la obliga a sentarse.)

M. BINI (Arrellenándose en el sillón.) ¡Comodísimo! Digno de un Cardenal.

CONDE Y ahora, dígame usted qué más desea. ¿Quiere usted unas flores, unas plantas? Sí, ¿verdad? Así en vez de enseñar la botánica sobre esas estampas feas podrá hacerlo sobre el natural. Le enviaré a usted todos los días un ramo de flores frescas. ¿Qué mal hay en ello? Son para la lección. A los chicos debe enseñárseles sobre el natural.

M. BINI ¿Y la zoología? ¿Qué les vamos a enseñar en vez de esas fieras pintadas?

CONDE La directora. La mandamos hacer una jaula con ruedas, y en cuanto llegue la lección de Historia natural haremos que las niñas presencien la comida del tigre. Dígame si se la ofrece algo más.

M. BINI ¿De veras quiere usted que siga abusando de su amabilidad?

CONDE Me complacería muchísimo.

M. BINI Quería pedirle a usted el favor de que no se ocupe más de mí.

CONDE Pero...

M. BINI No tome usted la cosa a mal, señor Alcalde.

CONDE Esto no es usar de la amabilidad, sino abusar. Me pide usted demasiado.

M. BINI Es lo mejor, créame usted.

CONDE Pero, ¿por qué motivo? Veamos.

M. BINI Sencillamente porque me he convencido de que cada día que pasa las gentes van tomando conmigo una actitud más marcadamente hostil. Todo me da miedo. La directora lleva tres días sin dirigirme la palabra.

CONDE ¿Lo lamenta usted acaso?

M. BINI Son pequeñeces que me atormentan... Comprendo perfectamente que me rodean envidias de todo género. Bajo las sonrisas de las gentes entreveo muecas maliciosas. En

fin, que no puedo, no puedo seguir viviendo así. Necesito un ambiente de simpatía, de sencillez, y al mismo tiempo, me es necesario seguir ocupando este puesto. Si me despidiesen, si no viera a diario en derredor mío aquellas cabecitas, los ojazos que me miran queriéndome bien... No sé. Me haría el efecto de que había muerto otra vez mi angelito. Créame, señor Alcalde, si continuase usted extremando sus bondades para conmigo, acabaría usted, sin querer, por hacerme mucho daño. ¡Hasta anónimos he recibido!

CONDE ¿Que ha recibido usted anónimos? ¿Y qué le dicen?

M. BINI Simplemente, que mis misteriosas desapaciones del pueblo han dejado de ser misteriosas, pues se sabe el motivo de ellas. También auguran que gracias a la protección de usted no tardaré mucho en ser la directora de las escuelas.

CONDE ¡Qué gente más mala!

M. BINI Hay otra cosa más graciosa aún. Dicen que yo le he vuelto a usted el juicio y que está usted loco por mí... ¿No le hace gracia?

CONDE Ninguna.

M. BINI A mí, en cambio, sí. Me he reído mucho.

CONDE Pues ha hecho usted mal, y perdone que se lo diga.

M. BINI ¿Por qué? ¿Qué le pasa a usted?

CONDE Estaba pensando en que esos canallas, entre tantas mentiras han dicho una verdad.

M. BINI Por Dios, no me diga eso.

CONDE Yo no digo nada. Ellos son los que dicen... Y por cierto que me molesta que los demás se permitan decir lo que uno quiere ocultar celosamente.

M. BINI ¿Acaso no me ha prometido usted ser un buen amigo mío?

CONDE ¿Y no lo soy en efecto?

M. BINI (Con terror casi.) Y es lo que ha de seguir usted siendo. Un amigo; un buen amigo nada más. Por Dios se lo pido.

CONDE Sí, pero cálmese, María. Serénese, por Dios.

M. BINI Calle... No diga ni una palabra más. Ni ahora, ni nunca. No me diga usted nada. No se ocupe de mí. Por la Virgen Santísima le pido que me deje entregada a mi soledad...

Yo ya no soy una mujer... Soy únicamente la madre de un recuerdo lejano, y de haber algo que me distrajese de ese recuerdo me parecería que la vida ya no tenía ningún objeto para mí... ¡Jesús! Me parecería que faltaba al voto que me tengo hecho de no ocuparme de mi persona hasta encontrar el pedazo de tierra sobre el que he jurado clavar una crucecita... ¿Quiére usted que así sea? Dígame que sí quiere. Dígamelo con una sonrisa.

CONDE Sí. Descuide.

M. BINI (Cogiéndole la mano.) Entonces... Buenos amigos.

CONDE Sí. Buenos amigos. (La besa la mano.)

(Por el foro se presenta LA DIRECTORA y sorprende el beso.)

DIREC. ¡Señor Alcalde!...

(María, asustada, sale corriendo por el foro.)

CONDE ¿Se ha empeñado usted en que yo enferme del corazón?

DIREC. He tenido el honor de pedir a vuecencia...

CONDE Y yo de contestarla a usted.

DIREC. Quiero hablar con vuecencia.

CONDE Es una manía como otra cualquiera.

DIREC. Es un deber, señor Alcalde.

(Entra BALÓN con dos bancos de escuela, que deja junto a los otros, y se va.)

DIREC. Señor Alcalde. Son las tres y yo quería...

CONDE ¿Que son las tres? ¡Imposible entonces!

DIREC. Creo, pues que ya es hora...

CONDE De que vaya a buscar al pobre señor Guidotti, que llevará media hora esperándome.

DIREC. (Imperiosa.) ¡Señor Alcalde, vuecencia debe!...

CONDE ¡Echar a correr! (Vase corriendo.)

DIREC. ¡Señor Alcalde!... ¡Señor...! ¡Ah, sí! ¿eh? Sí, ¿eh? (Entra BALÓN con otro banco, y sobre el infeliz Ordenanza cae la Directora, satisfecha de encontrar en quien desahogar su cólera.) ¿Qué está usted haciendo?

BALÓN Una verdadera mudanza, señora Directora.

DIREC. Llévese usted en seguida ese banco y después todos los demás. Desde ahora en adelante les queda prohibido a mis subordinados ejecutar cualquier orden que no les dé yo.

BALÓN Está bien, señora Directora.

(Por la puerta del foro se deja oir el característico y

clamoroso rumor de una bandada de niñas que salen de la clase y se entregan con alegría a sus juegos.)

DIREC. ¿Se puede saber por qué motivo chillan las niñas de ese modo?

BALÓN Es la hora del recreo.

DIREC. Eso no es recreo. Es el infierno. Dé usted orden de mi parte de que suspendan inmediatamente el recreo.

BALÓN Pero...

DIREC. ¿Qué es eso? ¿También se revela usted contra mí? ¿También pretende pisotear mi autoridad?

BALÓN ¿Yo? ¡Pobre de mí, señora Directora!

DIREC. ¡Basta! Mande usted que den el primer toque de salida y dentro de media hora el segundo. ¡Que se vayan! No quiero oir ese ruido. Esto más que escuela parece un mercado.

BALÓN (Va hacia el foro, hace una seña, y segundos después suena una campana. En seguida cierra la puerta y deja de oirse el ruido.) Ya está, señora Directora.

DIREC. Perfectamente. Ahora llame usted a la señorita María Bini. Empezaremos por ella. Llámela usted. (Balón, tentándose los faldones de la levita, vase intentando inútilmente estornudar.) Veremos quién es el más fuerte. (Indiscretamente revuelve y lee los papeles que hay sobre la mesa del alcalde.)

M. BINI ¿Me ha mandado llamar la señora Directora?

DIREC. Sí, señorita.

M. BINI Estoy a la disposición de usted.

DIREC. Por diferentes razones que le comunicaré oportunamente, me veo obligada a decirle que queda usted suspendida de su...

M. BINI ¡¡No!! ¡¡No!!

DIREC. A partir del día primero del próximo mes...

M. BINI (Presa del mayor terror.) Pero, no, señora Directora... ¡No, eso no es posible! ¿Qué he hecho yo? Bien sabe usted que no he hecho nada malo. ¡No me eche usted!... Esas niñas son toda mi familia. Si me las quitan, ¿quién me va a quedar a mí? ¡Nadie!... Usted misma tendría luego un remordimiento tremendo por esto que hace en un momento de cólera.

DIREC. ¿De cólera? ¡De justicia y nada más que de justicia! Y basta ya, señorita. Sepa usted

que, cuando se está encargada de una misión de tan alta moralidad como la de maestra, es preciso que desaparezca la mujer enteramente. Es preciso dar buen ejemplo. Es preciso ser un símbolo, no una mujer. Tome usted ejemplo de mí. ¿Soy yo una mujer acaso?

CONDE (Entrando por el foro.) ¡Ni soñarlo! Señora.

DIREC. (Revolviéndose furiosa.) ¡Señor Alcalde, me está usted ofendiendo!

CONDE ¡Nada de eso! He confirmado que usted no es una mujer. ¿No es precisamente de eso de lo que se ufanaba? Me limito a afirmar su autorizada opinión. Quedamos, pues, en que usted no es una mujer.

DIREC. (Reprimiendo la ira con gran trabajo.) Señor Alcalde...

CONDE En efecto; usted, de lo que más caracteriza a la mujer, no tiene ni la forma, ni los sentimientos, ni la poesía, ni tampoco la caridad.

DIREC. Sepa usted, señor Alcalde... Pero, no. Yo no tengo costumbre de ponerme a discutir en presencia de mis subordinados. Por última vez le pido que me conceda una entrevista, allá arriba, en la guardilla indecente donde ha instalado usted mi despacho.

CONDE ¡La he puesto a usted en el archivo! donde la corresponde.

DIREC. ¡Señor Alcalde!...

CONDE En el Museo municipal. Entre los pergaminos y otras vetusteces, gloria de este Ayuntamiento.

DIREC. Señor Alcalde... (Se queda detenida sin saber qué decir y luego se dirige airada a María.) De todos modos, señorita, le prevengo que la determinación que acabo de comunicarle es irrevocable... Y ahora, señor Alcalde, voy hacia mi guardilla a esperarle a usted, para que tenga el honor de explicarme...

CONDE Puede usted esperarme donde quiera, porque no he de ir.

DIREC. Ya comprendo. Rehuye usted toda explicación. Tiene miedo, por lo visto.

CONDE Sí. Miedo a no poder resistir la tentación de arrojarla a usted por una ventana.

(Vase la Directora.)

M. BINI ¡Me echa!

CONDE Ni pensarlo.

M. BINI Ya verá usted; ya verá usted cómo lo consigue. Pero, por Dios, evite usted que se consume semejante injusticia. ¿Ve? Su bondad ha acabado por comprometerme. Esto era inevitable; pero la culpa no es mía.

CONDE ¿Tiene usted bastante con mi palabra de caballero? Pues bien, se la doy asegurándola que esa tigresa no la despedirá. Yo me encargaré de ello. Ahora, serénese. Necesito verla tranquila y fuerte para poder decirle...

M. BINI ¿Qué? (Mirándole.) ¿Qué pasa? (Con intranquilidad.)

CONDE Calma. He venido para decírselo, pero tranquilícese. Siéntese. Así. No se mueva... No piense en nada de lo que ha pasado, porque nada tiene importancia comparado con lo que voy a decirle... Pues tengo que anunciarla... Tengo que anunciarla... ¿Ve usted? Me ha contagiado su excitación y no puedo ordenar mis ideas... Le tenía preparado un discurso precioso. Un discurso grave y gracioso a la vez, con sus frases brillantes a final de párrafo, sus latiguillos... Lo mismo que en un día de sesión solemne... Pero ahora, vaya usted a saber dónde han ido a parar las frases brillantes y los efectos de relumbrón...

M. BINI (Siguiendo una idea suya.) Si le dijera usted a la Directora...

CONDE ¿Otra vez esa bruja? No se ocupe de ella y atienda a lo que voy a decirle. Muchas veces me he lanzado a los campos para buscar un trozo de tierra para sembrar trigo, heno, flores; pero nunca, hasta hoy, se me había ocurrido ir en busca de un pedazo de tierra para plantar una cruz...

M. BINI (Con ansiedad.) ¿Qué quiere usted decir, señor Conde?...

CONDE Permítame, si no se me irán de nuevo las ideas. Hoy me lancé a buscar ese cuadrito de tierra...

M. BINI (Con angustia.) ¿Usted? ¿Con qué objeto?

CONDE No lo sé... Por curiosidad...

M. BINI (Presa de honda emoción.) ¡Deme usted su mano! (Intenta besársela y él la retira.) No. Deme usted su mano.

CONDE No puedo. La necesito para accionar. Perde-

ría brío mi discursito... Y podría sorprendernos de nuevo la Directora... Sigo. Buscando, buscando he logrado saber quién fué el coco de la novela de aquella niña...

M. BINI ¡Dios mío! ¿Para qué? ¿Para qué? Ha hecho usted mal. Esas son tristezas y miserias que a nadie atañen más que a mí. ¿Para qué rebuscar entre mi vergüenza? Entre los muertos había que buscar, y no entre los vivos.

CONDE Lo que he hecho lo tenía que hacer a toda costa. Y usted, antes de juzgarme, es preciso que lo sepa todo... Su hija fué confiada a una campesina...

M. BINI De Castel Florido. Lo sé.

CONDE Quien la cuidó muy bien y la trató con todo cariño...

M. BINI Durante los pocos días que vivió el pobre angelito...

CONDE No. Durante tres años.

M. BINI (Levantándose bruscamente.) ¡Eso no es exacto! Mi hija murió a los cinco días de haber nacido.

CONDE Serénese usted y déjeme que siga hablando.

M. BINI Le han engañado a usted. Murió en seguida. Porque había muerto me determiné yo a embarcar...

CONDE Perdone, María. ¿Usted no la vió muerta?

M. BINI ¿Yo? No... No la ví... Pero no me cause semejante remordimiento. Indudablemente le han engañado.

CONDE ...Después de pasar tres años en Castel Florido y sin que yo sepa todavía por qué causa, la niña fué enviada más lejos...

M. BINI ¡Dios mío, va usted a conseguir que me vuelva loca!... ¡No, no! ¡Eso no es verdad! ¡No puede ser verdad!

CONDE ...Después la trajeron aquí otra vez. Mejor dicho, a los alrededores de este pueblo, donde...

M. BINI ¡Siga usted!

CONDE En donde sigue viviendo.

M. BINI (Con un grito.) ¡Qué! ¿Qué está usté diciendo? ¿De modo que usted dice?... Pero... (No puede seguir, ahogada por la emoción.)

CONDE Así no, María. No se ponga usted así.

M. BINI ¡Mi hija! ¡Mi ángel!... ¡No, no puede ser!

CONDE María, que no se siente usted bien. ¿Quiere que llame a alguien?

M. BINI No. No, por Dios. No quiero ver a nadie. Ya se va pasando. Me siento mejor... Me ahogo. Quisiera llorar... Querría romper a gritar... Pero, no puedo... Estoy demasiado conmovida... Acaba usted de anunciarme que mi hija muerta sigue viviendo, y me hace el mismo efecto que si me hubiese dicho que una hija viva se me había muerto... Pero, mire... Ya estoy más tranquila, más serena. Siga, siga, pues. Dígamelo todo... Aunque tenga usted que decirme que nunca podré verla ni cubrirla de besos... Eso no importa... No importa... Lo único interesante para mí, es que ella viva... ¡Lo demás no tiene importancia ninguna! No vale nada.

CONDE No siga usted, María... No se excite usted con sus mismas palabras. Procure llorar más bien. Llore, llore.

M. BINI Después, acaso. Ahora no puedo. No puedo. Pero dígame usted, ¿dónde la han mandado? ¿De qué modo vive? ¿Quién la tiene? ¿Cómo se llama? ¿Cómo se llama? Quiero saberlo todo. Sea usted compasivo. Dígamelo todo. ¿Está muy lejos?

CONDE Eso... no.

M. BINI Más vale así. Pero, ¿en dónde está? Dígamelo. Descuide. No diré nada. Ni la buscaré siquiera. Caso de que su padre tenga algún motivo para desear que yo no la conozca, ni siquiera intentaré conocerla. Me conformaré con ir una vez tan solo a mirarla desde lejos. Haré que su imagen se me grabe en los ojos, y allí nadie osará tocarla. Allí será mía por completo. Dígame. Dígame, pues, dónde está. ¿En este mismo pueblo, acaso?

CONDE No. Aquí, no. Pero sé que viene con frecuencia.

M. BINI ¡Ah, Virgen Santísima! ¿Y con quién viene?

CONDE Todavía no lo sé; pero lo sabré dentro de poco. Por lo pronto he vuelto corriendo a verla a usted en cuanto he averiguado lo principal; esto es, que su hija vive y está buena y sana.

M. BINI ¡Ay, qué bien tan grande me ha hecho usted! ¡Gracias con toda mi alma! Pero, espere un momento. (Reflexiona.) Si ella viene aquí con frecuencia... puede que yo la haya visto sin sospechar siquiera... ¿No?

CONDE Es probable... Mejor dicho, casi me atrevo a decir que es seguro... Pues aquí viene a diario...

M. BINI ¿Que viene a diario?

CONDE Sí... Todas las mañanas.

M. BINI ¿A dónde?

CONDE (Cogiéndole las manos.) En fin, María...

M. BINI ¿Dónde? ¿Dónde?... Vamos, ¿tiene usted miedo a decirme?...

CONDE Viene a la escuela.

M. BINI ¡Ah! ¿A la escuela? ¿Aquí?... Pero... entonces... Mi hija tendrá ahora... unos ocho años. Y todas, casi todas las pequeñuelas de su edad... vienen a mi clase...

CONDE Justamente, viene a la clase de usted. (María, con la mirada extraviada, ya no habla. Se coge la cabeza entre las manos y se agita nerviosa.) ¡María, María! ¡Por Dios, no me asuste usted! Vamos, María, anímese usted y dé gracias al Todopoderoso.

M. BINI Sí, sí. Tiene usted razón. Debo darle gracias a Dios... Eso es lo que yo debía hacer en este momento... Pero, créame usted, me sentía morir. Lo que se dice morir. ¡Mi cabeza!... ¡Jesús!... ¡Si usted supiera lo que hay dentro de esta pobre cabeza mía!... Algo así como gritos, como carcajadas... Demasiado ruido... Demasiada alegría... Gritos de todas las niñas... Oigo a la vez todas sus voces... Entre ellas estará la de mi hija... (Por fin rompe a llorar, apoyando la cabeza en el hombro de Felipe.)

CONDE Sí, sí. Llore, llore.

M. BINI Verá usted cómo se me pasa en seguida... ¿Puede usted decirme siquiera?...

CONDE No puedo decirle a usted nada más.

M. BINI Sin embargo, usted sabe... Usted lo sabe todo...

CONDE Nada, nada sé. Créame. Si no, ¿para qué iba a dejarla en esta ansiedad? Pero dentro de poco sabré todo lo que me falta saber. Tiene que venir a verme una persona perfectamente enterada del asunto.

M. BINI ¡Dios mío! ¿Y cómo haré yo para esperar hasta entonces?

CONDE Déjeme a mí solo y tenga confianza.

(Dentro se oye de nuevo la campana anunciando la salida de las niñas de las clases.)

M. BINI ¿Oye usted? ¡Van a salir ahora! Se han terminado las clases... ¡Se van!... ¡Me la llevan! ¡Y no quiero! ¡No quiero! (Va hacia la puerta del foro y la abre. Los gritos de las niñas, que eran un rumor con la puerta cerrada, se hacen claros y distintos y se acercan. Un instante después se ve pasar un grupo de niñas de seis a diez años, cruzando de derecha a izquierda. María las mira un instante, y luego, sin lograr reprimirse, llama a la primera de las niñas.) ¡Luisa! ¡Luisita! (La niña se acerca, aunque con cierta timidez a causa de la presencia de Felipe. Las demás, impulsadas por la curiosidad, ante el lance inesperado y la actitud de su maestra, van acercándose también poco a poco, casi de puntillas.) Oye, Luisita... No, tú no. A tu mamá la conozco perfectamente. (A otra niña.) Ven tú, monina... No. Eres demasiado alta. (A otra.) Paquita, oye... A tu madre no la conozco... Pero, ¡ah! sí, recuerdo de tu familia. (A otra.) María... Marujilla... Te llamas lo mismo que yo... Pero eso no quiere decir nada. Además, sé muy bien que tú tienes madre. ¡Ay, Virgen Santísima! ¿Por qué no me dices tú misma al oído? ¿Por que no se lo dices a mi pobre corazón angustiado? ¡No puedo más! Es inútil. No sé buscar. No sé encontrar. ¡Todas iguales!... Esos ojos inocentes... Esas miradas puras, todas iguales... No veo, no veo. (De rodillas ya coge a todas y en un gran abrazo las estruja contra su pecho y las besa con ímpetu amoroso y maternal.) ¡No sé!.. ¡No acierto!. ¡No sé cuál es!... Pero no importa... La mía está entre ellas... ¡¡También la mía está aquí, en mis brazos!! (Felipe llora silenciosamente. María sigue besando y abrazando a las niñas con verdadero frenesí mientras baja el telón lentamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

NOTA

Aquellas compañías que tropiecen con alguna dificultad para encontrar las niñas necesarias para esta escena, las suprimirán introduciendo en el diálogo las siguientes modificaciones:

CONDE — Déjeme a mí solo y tenga confianza.
(Dentro se oye la campana anunciando la salida de las niñas de las clases.)

M. BINI — ¿Oye usted? ¡Van a salir ahora! ¡Se han terminado las clases!... ¡Se van!... ¡Me la llevan!
(Corre hacia la puerta de la derecha y el Conde Felipe la detiene.)

CONDE — ¡Calma, María! ¡Sería una imprudencia!... Sería inútil al mismo tiempo.

M. BINI — ¡Tiene usted razón! (Como si viese pasar a las niñas.) ¡Aquella! ¡Luisita!... ¡No! Conozco a su madre perfectamente... ¡Maruja! ¡No... tampoco... demasiado alta!... No sé, no sé buscar... No sabría encontrar... esos ojos inocentes, esas miradas puras... todas iguales, todas iguales... No veo, no sé... (Apoyándose en el hombro de Felipe.) ¡Pero está ahí, ahí, entre ellas... Dios mío, haz que pronto esté en mis brazos! (Solloza. Telón.)

Se recomienda que sólo se recurra a esta supresión en caso muy necesario, pues esta escena final tiene gran importancia y es la de mayor y más seguro efecto del acto.

ACTO TERCERO

En casa del Conde Felipe. Un salón sobrio, pero elegante, al que sin embargo faltan las delicadezas y detalles de una mano femenina.

Una gran puerta al foro con cierre de cristales, por la que se ve un jardín en el que predominan los rosales. Conviene que los de primer término, los que están junto a la puerta, sean corpóreos y con flores artificiales bien imitadas.

Puerta a la derecha y a la izquierda.

A la izquierda, en primer término, una chimenea de artística campana sobre la que hay pintado un escudo grande y debajo de él este lema: BEATA SOLITUDO. Cerca de la chimenea varias butacas muy cómodas y un sofá, resguardado todo de la vista de foro, por un biombo.

En la derecha una mesita y más butacas.

Muchas colecciones de pipas, bastones y escopetas. Varios cuadros de escuela antigua italiana, estátuas modernas y objetos de arte.

—

(El CONDE FELIPE aparece sentado en una butaca leyendo con atención un Código criminal.)

CONDE ¡Ni mandado hacer de encargo!... Parece realmente que al redactar este artículo del Código se estaba pensando en un sujeto tan equívoco como nuestro Macchia. (Después de volver a leer.) Nada, que ni mandado a hacer de encargo.

(Por el foro y casi corriendo entra BALON. Al ver al Conde, duda y luego vuelve hacia atrás y al llegar al foro llama con los nudillos en la puerta.)

BALÓN ¿Da el señor Conde su permiso?

CONDE (Levantándose de un salto.) ¿Qué tal sigue?

BALÓN (Fatigado aún.) ¡Mejor!... ¡Ay, qué carrera he dado!

CONDE Sientese usted.

BALÓN Gracias. Demasiado honor para mí.. Está mejor por fortuna. Apenas si tiene fiebre.

CONDE ¡Dios me ha oído! ¿Y cómo ha pasado la noche?

BALÓN Hasta eso de las dos, bastante molesta, con una gran excitación... No dejaba de llamar por sus nombres a todas sus discípulas, con la particularidad de que las llamaba en voz baja lo mismo que si estuviese rezando. Luego durmió durante un par de horas y ahora se siente bien y está serena y tranquila... Yo en cambio, he estado corriendo hasta ahora.

CONDE Pues, ¿qué pasa?

BALÓN Que la señorita María quiere levantarse.

CONDE ¿Que quiere levantarse? ¡De ningún modo!

BALÓN Quiere hablar con el señor Conde a toda costa. Mé ha mandado expresamente para que se lo diga a usted.

CONDE Pues yo le mando a decir a ella que como se empeñe en abandonar el lecho antes de que el médico la autorice, enviaré a la guardia municipal para que la aten. Vaya usted a decírselo. Pero corriendo, ¿eh?

BALÓN (Abrumado.) ¡Sí, señor Alcalde, corriendo! No hago otra cosa que correr...

CONDE Y al pasar por el jardin recoja usted cuantas rosas pueda.

BALÓN Pero sin correr, por las espinas.

CONDE Hace usted con ellas un bonito ramo y se le da en mi nombre, diciéndole que las cosas marchan bien, pero que ella, se esté tranquila en casa, esperando que yo vaya. (Balón se va casi corriendo por el foro. Llaman a la puerta de la izquierda.) Adelante.

GUIDOTTI (Entrando.) Mis respetos, señor Alcalde.

CONDE Vengan pronto novedades. ¿Trae usted alguna buena noticia?

GUIDOTTI ¡Ya lo creo! He dado con nuestro hombre.

CONDE ¡Bravo! ¿Y le ha interrogado usted?

GUIDOTTI Detenidamente.

CONDE ¿Y qué?

GUIDOTTI Nada. No he podido sacar nada en limpio.

CONDE ¿Y eso?

GUIDOTTI No se extrañe usted, señor Alcalde. No hay forma de conseguir que ese hombre diga ni media palabra del asunto que nos interesa. Es un zorro.

CONDE ¿Y cómo justifica su silencio?

GUIDOTTI De ningún modo. Se limita a hablar de otras cosas, rehuyendo abordar el punto concreto. Es astuto, se hace el tonto, aunque en verdad no tiene nada de ello... En fin, usted mismo se convencerá, pues le he traído para que hable usted con él. A ver si tiene más habilidad que yo.

CONDE Muy bien. Conozco la astucia de esta gente campesina. Tenga. (Cogiendo un papel de sobre la mesa.) Póngase en el bolsillo este papelito.

GUIDOTTI (Leyéndole.) ¿Una órden de prisión en toda regla?

CONDE Eso. En toda regla. Ya ve usted que tampoco yo he perdido el tiempo.

GUIDOTTI Es que... en mi concepto... vuecencia perdone. Pero no veo el delito...

CONDE ¿No? ¡Vaya por Dios, amigo Guidotti! Mire usted por dónde un Alcalde va a dar lecciones a la Policía. Lea. (Le muestra el Código abierto por la página que estaba leyendo.) Lea este artículo, el 361.

GUIDOTTI (Leyendo.) «Aquel que oculte o bien sustituya con otro a un recién nacido y modifique su estado civil, será castigado con la pena de cinco a diez años de reclusión»... Sí, pero...

CONDE Pero, ¿qué? Vamos a ver. ¿No es cierto que el tal Macchia tuvo un hijo?

GUIDOTTI En eso no hay duda.

CONDE ¿Y en qué oficina civil ni religiosa hemos encontrado ese nacimiento?

GUIDOTTI En ninguna.

CONDE Ya tenemos el delito de supresión o bien de modificación del estado civil, con pena de cinco a diez años de reclusión.

GUIDOTTI Tal vez el delito haya prescrito a estas horas...

CONDE Prescribe el delito a los diez años del nacimiento del niño. Aquí lo tiene usted. (Le muestra otro artículo del Código.)

GUIDOTTI Así y todo, señor Alcalde, tenga usted en cuenta que se trata de un hombre tan acaudalado como influyente... y matón por añadidura. Un hombre al que se teme y respeta. Figúrese usted el escándalo si...

CONDE Pues que hable de una vez o se verá obligado a callar por mucho tiempo. Me lo he

propuesto y nada me hará desistir de tal determinación.

GUIDOTTI En ese caso procure usted tener maña y paciencia para hacerle hablar, y no emplee la violencia.

CONDE ¡Oh, no pienso maltratarle! Le he dicho a usted que conozco bien a mis campesinos. Pero déjeme y haga pasar a nuestro caballero conquistador.

GUIDOTTI En seguida.

(Vase Guidotti y al cabo de un instante aparece en la puerta MACCHIA. Tiene aspecto tosco de campesino adinerado. Cara de mala persona. Reservadote y astuto, con esa astucia peculiar de loz paletos. Viste bien, a su manera. Permanece en el quicio de la puerta dando vueltas entre las manos a un sombrero flexible, blanco casi, que se quita al entrar.)

CONDE (Con acento sumamente fino.) Pase usted, pase usted mi querido Macchía... Siéntese... Aquí estará usted perfectamente. (Le brinda una butaca.) Siéntese usted. (Macchia mira con desconfianza la butaca y sigue en pié.) ¿Qué está usted mirando? ¿Teme usted que tenga alguna trampa como esas que vemos en las películas policíacas? Tranquilícese. (Sentándose de golpe en la butaca y saltando de ella.) Mire, no hay cuidado. No tiene trampa. Puede sentarse sin cuidado. (Macchia sigue en pie.) ¿Qué puedo ofrecerle en vez de esta butaca que se empeña en despreciar? ¿Un habano? ¿Una taza de café? ¿Una copa de vino añejo? Vamos, nada de cumplidos. Siga en pie si le place, nada de etiquetas. En mi casa no se estila eso. (Pausa.) ¿Quiére usted darme su sombrero? Es de un color muy delicado... mucho, (Le quita el sombrero de las manos.) y va usted a deslucirle con tantas vueltas como le está dando... He rogado al señor Guidotti que le traiga a usted aquí por dos razones. La primera por el deseo de conocerle. Sé que es usted un hombre que vale mucho. Un agricultor de primer orden, una fuerza en toda la comarca por su influencia, su fortuna, sus tierras... Esto justifica sobradamente mi deseo de conocerle personalmente. (Después de una pausa sigue como si Macchia hubiera contestado a estos elogios.) Nada, nada. No es cumplido. Es justicia; nada más que jus-

ticia. La otra razón obedece a la necesidad urgente, apremiante, que tengo de departir un rato con usted... De hombre a hombre... Aquí, en confianza... Y si a usted le conviene amistosamente. (Pausa.) Sí, mi querido señor Macchia, necesito que usted me ilumine sobre determinados sucesos... Sí, señor, que usted me dé alguna luz...

MACCHIA Yo no puedo dar lo que no tengo, luces.

CONDE Muy ingenioso y muy modesto. Ya me lo habían dicho. Por lo demás es usted un hombre...

MACCHIA ...del que la policía no había tenido motivo para ocuparse. Así es que no puede usted imaginarse mi sorpresa al...

CONDE ¿Quiere usted una copa de vino añejo?

MACCHIA No me apetece, gracias.

CONDE Pues entonces, me permitirá usted que aunque sea con la boca seca le dirija algunas preguntas, ¿eh?

MACCHIA No sé qué preguntas va usted a dirigirme...

CONDE Pues muy sencillo. Por lo pronto deseo saber si usted se acuerda de haber conocido hace nueve años a una mujer...

MACCHIA (Interrumpiéndole bruscamente.) ¡No!

CONDE Realmente da gusto hablar con usted... Se trata de cierta María Bini... Pero tal vez se haya usted olvidado de ella... Se comprende, se comprende. ¡Ha conocido usted tantas mujeres en su vida!... Jóvenes, casi niñas...

MACCHIA ¡A ver si a usted le gustan las viejas!

CONDE ¡Ah, eso sí que no!

MACCHIA ¿Lo ve usted?

CONDE No trato de negarlo. Por lo tanto, querido Macchia, más valdría que nos confesásemos el uno al otro, puesto que todos somos iguales.

MACCHIA ¡Todos!

CONDE Y todos peores. Bien se ha dicho que en el fondo de cada hombre hay un bruto dormido...

MACCHIA (Se ríe a pesar suyo) Y siempre que despierta...

CONDE Hace toda clase de barbaridades. Bueno, y ahora que ha roto usted el hielo con esa sonrisa... tan espiritual, haga el favor de decirme si se acuerda o no de aquella María Bini...

MACCHIA ¿María qué?

CONDE María Bini Luciani.

MACCHIA No. No la he visto en mi vida.

CONDE Hombre, como verla ya lo creo que la ha visto usted.

MACCHIA No sé en dónde.

CONDE Eso tampoco lo sé yo, aunque lo supongo... grandísimo tuno... Vaya, vaya si se acuerda usted, la muchacha merecía la pena... También es seguro que se acuerda de la niña que nació.

MACCHIA ¡Hola, hola! Vaya una bromita de mal gusto que quiere usted gastarme. Yo le advierto que no estoy dispuesto a tolerar broma alguna. Además, ya me parece hora de que me diga usted con qué objeto me está hablando de estas cosas.

CONDE Sencillamente, con objeto de evitarle a usted una molestia... nada leve.

MACCHIA ¿Una molestia?...

CONDE Nada leve ni tampoco corta. Tiene usted muchos enemigos, señor Macchia. Como es usted hombre tan adinerado, tan afortunado y tan dichoso... Esto basta para despertar las envidias, los odios. Con decirle que han llegado a enseñarme un artículo contra usted.

MACCHIA Calumnias y nada más que calumnias de los papeles.

CONDE No, si no se trata de ningún artículo que vayan a publicar los periódicos, sino de un artículo del Código criminal.

MACCHIA ¿Del Código?

CONDE Criminal... ¿Quiere usted que se lo lea? Son cuatro renglones.

MACCHIA El que no tiene coco no tiene miedo ¿sabe? Yo he obrado siempre como debe obrar un hombre de bien.

CONDE ¿También con las mujeres?

MACCHIA Con esas... He obrado como un hombre.... Como todos los demás. ¿No hemos quedado en que en el fondo de cada uno hay un bruto dormido?

CONDE Es que según parece el bruto de usted padecía de insomnio.

MACCHIA Yo no tengo que darle cuenta a nadie de mi vida privada, ¡ea! Y ya no espere usted recibir de mí ninguna respuesta más.

CONDE ¡En cuanto a eso!...

MACCHIA ¡Cá! Ni que me hagan trizas.

CONDE No pretendo hacerle trizas, porque quiero enviarle enterito a presidio.

MACCHIA ¡Cómo!

CONDE No lo sé. Puede ser a pie, puede ser en un coche, en el tren...

MACCHIA ¿Que quiere usted mandarme a presidio? ¿A mí? Me parece que estoy soñando. Ni que estuviéramos en una república de esas de América donde dicen que...

CONDE En efecto, de América viene todo esto.

MACCHIA ¿Y qué tiene que ver América?...

CONDE Mucho. Porque si de las pequeñas víctimas de usted, como Emilia Luino y Laura Monti no se ha vuelto a saber nada, en cambio, esta María Bini, ha tenido la mala idea de regresar de allá.

MACCHIA (Impresionadísimo.) ¡Eso es falso!

CONDE ¿De manera que ahora resulta que usted la conoce?

MACCHIA Quería decir...

CONDE ¿Qué quería usted decir?

MACCHIA Digo...

CONDE Vamos, diga usted.

MACCHIA ¡Pues no digo nada!

CONDE Muy amable. Sepa usted que María Bini ha vuelto de América.

MACCHIA ¡Mejor para ella!

CONDE Y no sólo ha venido sino que ha contado, ha referido...

MACCHIA ¿Qué va a referir? Fantasías y nada más que fantasías.

CONDE Nada de fantasías, sino hechos; hechos concretos.

MACCHIA Vengan las pruebas.

CONDE Ya las exhibiremos.

MACCHIA ¡Pero si no hay ninguna!

CONDE ¿Que no hay? ¡Ya lo creo!

MACCHIA ¡Cá! Ni tanto así.

(Llaman a la puerta del foro.)

CONDE Adelante. (Se entreabre la puerta y aparece MARÍA.) Ahí la tiene usted... y de cuerpo entero. (Dice aparte a Macchia que con recelo mira por detrás del biombo que casi le oculta de la puerta de la izquierda, donde está María. Felipe ha ido a su encuentro.)

M. BINI Creía que estaba usted solo. Perdone.

CONDE (Colocándose y obligándola a colocar de forma que no vea a Macchia.) Pero si estoy solo.

M. BINI Sin embargo.

CONDE Nada, nada. No se preocupe de quién está, no le conoce usted. Ha hecho muy mal en salir de casa, María. Se lo había recomendado a usted con tanto interés...

M. BINI (Nerviosa.) Perdone usted. No podía más. Me era imposible estarme allí quieta. Mi intranquilidad, mi afán era tan grande, que me daba miedo. He salido porque estoy bien por completo. No me riña y dígame si ha sabido...

CONDE Lo único que la digo es que no hay razón para que tiemble de ese modo. ¡Ni que ocurriese una desgracia!

M. BINI Si no tiemblo. Son así como estremecimientos de alegría... o tal vez de pavor. Yo misma no sabría explicarlo. Pero estoy perfectamente; porque me entrego por completo a la esperanza estoy viviendo. Vamos, dígame usted ¿ha logrado por fin saber cómo se llama mi...?

CONDE Lo vamos a saber dentro de muy poco.

M. BINI ¿De veras?

CONDE Todo lo vamos a saber.

M. BINI Pero, ¿cuándo?

CONDE Le digo a usted que dentro de muy poco. Justamente acabo de tener una entrevista con el padre.

M. BINI (Con susto y horror.) ¡Ay, por Dios!...

CONDE Como es la única persona que lo sabe... que puede hablar... y que hablará...

M. BINI Pero tenga usted cuidado con él y no se deje engañar, Es un hombre capaz de todas las malas acciones.

CONDE ¡Ah! ¿Así lo cree usted?

M. BINI ¡Cuando yo se lo digo a usted!... Es el canalla con más sangre fría y peor intención que hay en el mundo!

CONDE Bien. Por el momento es preciso que usted se serene y vaya acumulando fuerzas, que hoy va ser un día muy bueno, de muchas y gratas emociones.

M. BINI Sí. ¡Un día bendito ha de ser!

CONDE Pues empiece usted por tranquilizarse y estar de buen humor.

M. BINI ¡Pero si lo estoy!

CONDE Ahora pase al jardín.

M. BINI Allí me quedo esperando, pero no me impacienteusted. Llámeme cuanto antes. Si no, cuando vaya a buscarme, me habré consumido. Me habré desvanecido. Me voy. (Vase corriendo.)

CONDE (Volviendo al lado de Macchia que habrá escuchado con viva atención toda la conversación expresando con el gesto sus emociones.) Bueno. ¿La ha visto usted?

MACCHIA ¿A quién?

CONDE La prueba a que me refería hace poco. ¿O es que acaso no ha reconocido usted a esa mujer?

MACCHIA ¡Cómo voy a reconocer a una persona a la que no he visto nunca!

CONDE ¿Tampoco se ha reconocido usted mismo en el retrato tan lisonjero que de usted ha hecho?

MACCHIA ¡Ni sé a quién se refería!

CONDE Pero, por Dios Santo, ¿es que no ha notado usted todo lo que había en el acento, en la voz de esa pobre infeliz? ¿Es que no se ha dado usted cuenta de la ansiedad, del terror y al propio tiempo de la esperanza de esa desventurada, que está buscando, que espera, que quiere a toda costa a su hija? ¡Es increíble tanta dureza! Esa desdichada mujer sabe que entre el grupo de sus discípulas hay una niña, la de su amor, la de su gran pena, y usted tan solo sabe cuál es la niña que busca con afán. Usted la conoce y sabe a quién ha sido confiada. Sabe usted quién la trae todas las mañanas a esta escuela, a la clase de su maestra, de su madre. Todo lo sabe usted, y sin embargo, calla, prolongando así, a sabiendas, el tormento sin igual de esta pobre víctima. Por los clavos de Cristo. ¿Se puede saber qué tiene usted en lugar de corazón? ¿Qué es lo que lleva usted en vez de la conciencia? ¿Quiere usted decírmelo?

MACCHIA (Sonriendo con cinismo.) Bueno, ¿ha terminado usted ya?

CONDE Sí, señor. Y mi paciencia también está a punto de agotarse. ¡Cuidadito que este cinismo puede que le salga caro!

MACCHIA Vamos, vamos, que no es tan fácil como us-

ted se figura mandar a presidio a un hombre de bien.

CONDE Es que no pienso mandar a presidio a ningún hombre de bien, sino a usted.

MACCHIA (Levantándose.) Perfectamente. Iré a esperar a los guardias a mi casa.

CONDE (Pulsando un timbre.) Alto, mi carísimo señor Macchia.

MACCHIA ¿Qué dice usted?

CONDE Digo que los guardias han recibido ya la oportuna orden. (A Guidotti, que entra.) Señor Guidotti, usted ya está enterado del caso de este caballero. A usted se le confió el encargo de averiguar sus orígenes y detalles...

GUIDOTTI En efecto, señor alcalde...

CONDE Me he valido de todos los medios conciliadores para lograr resolver sin escándalo este asunto tan poco limpio, pero mis tentativas han resultado estériles. Doy, pues, por terminada mi misión y le encargo a usted que dé comienzo a la suya.

MACCHIA No entiendo qué significa...

GUIDOTTI (Sacando un papel.) Aquí tengo una orden de detención en toda regla...

MACCHIA ¿Qué está usted diciendo?

GUIDOTTI Dese usted preso.

MACCHIA Pero, ¿está usted borracho?

GUIDOTTI Cuidado con hablar demás.

MACCHIA ¡Está usted loco, por lo visto!

GUIDOTTI Cuidado, le digo, que puedo recurrir a los medios más enérgicos...

CONDE Usted, amigo señor Macchia, lo ha querido.

GUIDOTTI Sígame usted.

MACCHIA ¡Cómo me toque usted a un solo pelo de la ropa!...

GUIDOTTI No se las eche usted de matón que aquí es completamente inútil.

MACCHIA Algún día averiguaré quién ha sido el que me ha denunciado, y entonces... Bueno, eso será cosa de mi cuenta; ahora quiero hablar a solas con usted unos cuantos minutos más.

CONDE ¿Para resolver de una vez este asunto?

MACCHIA Sí.

CONDE (A Guidotti.) Haga el favor de retirarse un instante, señor Guidotti. Ya le llamaré a usted luego.

(Vase Guidotti por la izquierda.)

CONDE Le doy mi palabra de que siendo así no tendrá usted más molestias.

MACCHIA Bueno, pero la denuncia...

CONDE Quedará retirada.

MACCHIA Póngame usted eso en un papel.

CONDE Se lo prometo a usted bajo mi palabra y hay de sobra. Despachemos. ¿Ha sido usted el amante de esa muchacha?

MACCHIA Sí.

CONDE Y de lo que llamaremos su amor, ¿nació o no una niña?

MACCHIA Sí.

CONDE Y usted mandó hacer desaparecer esa criatura, ¿no es eso?

MACCHIA No fuí yo, sino mis padres. Yo era un chiquillo, como quien dice.

CONDE Sí. Un infeliz chiquillo de cerca de treinta años. ¡Pobrecillo! A la madre, la envió usted a América...

MACCHIA Sí, pero con pasaje de segunda. Quinientas cuarenta y tres liras me costó.

CONDE Y usted se abstuvo de dar parte del nacimiento de la niña, ¿verdad?

MACCHIA Como había nacido en el campo, lejos de toda población... Por otra parte, hacía un tiempo malísimo... Además, nadie podía suponer que fuese a vivir... Nació delicaducha...

CONDE Y ahora ¿en casa de quién vive?

MACCHIA En casa de cierta Rosa Andreani.

CONDE ¿Entonces no vive en esta población?

MACCHIA No. En Rosales; a unos dos kilómetros de aquí.

CONDE ¿Y la niña se llama?...

MACCHIA Le diré a usted... La verdad es que...

CONDE ¡Ni el nombre de su hija sabe!... ¿Y la infeliz criatura no ha sido reconocida por nadie?

MACCHIA Por nadie.

CONDE Y dígame: ¿Hace mucho tiempo que no la ha visto usted?

MACCHIA ...Bastante.

CONDE ¿Como cuánto?

MACCHIA Pues... desde que nació... Ya puede usted figurarse... El trabajo constante... las preocupaciones... mi posición... Pero no vaya usted a suponer que a la niña le ha faltado algo. ¿Sabe? Nunca he dejado de enviarle veinticinco liras mensuales.

CONDE ¡Qué derroche!

MACCHIA ¿Qué más quiere usted saber?

CONDE Unicamente si me ha dicho la verdad.

MACCHIA En cuanto a eso, puedo jurárselo a usted.

CONDE Nada de juramentos. Prefiero comprobarlo yo mismo. (Escribe rápidamente.)

MACCHIA De manera, ¿que no se fía usted?

CONDE (Sigue escribiendo.) Ni poco ni mucho. (Llama al timbre, entra Guidotti y sigue escribiendo al mismo tiempo que habla.) Tenga la bondad de seguir estas instrucciones al pie de la letra. Proceda usted a un careo entre Macchia y Rosa Andreani y procure conseguir que ésta cante de plano. Luego coja usted a la niña y tráigamela aquí. Todo lo demás ahí lo tiene usted por escrito. Vamos, pronto. Más vale que coja usted mi automóvil. Una vez llevado a cabo este encargo, puede usted dejar al señor Macchia completamente libre.

MACCHÍA Muchas gracias, señor Alcalde. (Le tiende la mano.)

CONDE (Fingiendo no comprender su intención.) No, no. Nada de esposas por ahora. Puede usted retirarse... Señor Guidotti; fíjese bien en lo que va escrito en el papel. Sobre todo en la última parte... La más delicada... Tenga cuidado. Por la parte del jardín y muy fuerte la sirena...

GUIDOTTI Descuide, señor Alcalde. (Guidotti y Macchia se van por la izquierda.)

CONDE (Va hacia la puerta del foro y llama.) ¡María! ¡Señorita María!...

M. BINI (Entra rápidamente y sonriendo. Mira en derredor como buscando a alguien que no encuentra. Hace un esfuerzo para serenarse. Después una prolongada pausa; durante la que parece interrogar a Felipe con la mirada. Luego, desviando el curso de sus íntimos pensamientos, dice:) ¡Qué de rosas hay en su jardín! En mi vida había visto tantas juntas.

CONDE Todas han de ser para usted, María.

M. BINI No. Es una lástima cortarlas. Déjelas que vivan. Sería una verdadera pena estropearlas para mí. (A pesar suyo se vuelve y mira hacia el foro como si esperase a que aparezca alguien en la puerta.) Y hablemos de otra cosa...

CONDE Han ido por ella.

M. BINI ¡Por Dios!... No me diga usted... Como empiece a esperar de veras, no voy a saber ya

qué esperar. Siento la ansiedad, la angustia atormentadora de antes... ¡Ya no puedo más! Procure usted que me olvide de que estoy esperando. Se lo suplico, conde. Hábleme usted de lo que quiera que sea. Hábleme usted.

CONDE Tiene usted el defecto de excitarse con sus propias palabras, María.

M. BINI Si supiera usted cuánto me agrada que me llame usted María, así, sencillamente, y con ese acento tan afectuoso...

CONDE ¿Me permite usted que con esa misma sencillez le diga a usted algo de otras personas, mejor dicho, de otra persona, que, poco a poco, sin darse verdaderamente cuenta de ello, se ha ido acercando a usted tanto, tantísimo, y con una ternura, una devoción sin límites?...

M. BINI Sí; hable usted. Explíqueme usted eso... Quiero comprender...

CONDE Vea usted lo que dice ese lema. (Le señala la chimenea.)

M. BINI *Beata solitudo*... ¡Qué verdad tan grande!

CONDE Nada de eso, María. La soledad es una cosa belísima, consoladora, cuando uno la busca porque experimenta la necesidad de reposo y serenidad. Pero cuando es ella, en cambio, la que nos busca, la que se apodera de nosotros y nos tiene cogidos entre sus garras, ya no es una dicha sino que se cambia en un tormento, punto menos que horroroso.

M. BINI De ser así, no comprendo por qué motivo mandó usted pintar ese lema.

CONDE Simplemente porque entonces era yo un chiquillo de veinte años y en mi vida había una singular confusión de deseos, de sensaciones, de mujeres, de placeres, de satisfaciones morales y materiales... Mandé poner ahí el elogio de la soledad, justamente porque no estaba solo nunca. Pero ahora que lo estoy en realidad, empiezo a tener miedo a la soledad, y siento, en cambio, la necesidad de querer a alguien, de amar con toda mi alma, y ya encontré mi compañera... ¿Me comprende usted, María?

M. BINI (Con ansiedad.) Sí... si le he comprendido perfectamente... Usted cree haber encontrado el ser que buscaba... Mientras yo, sigo bus-

cando. Busco el rostro, desconocido para mí. de mi hijita, entre los rostros conocidos de las demás niñas. Y no doy con él. Parece que huye de mí... Y las contadas niñas entre las que busco, se tornan en una muchedumbre entre la que se me va la cabeza. Figúrese usted que cada estrella tuviese un rostro... ¡Cómo iba a encontrar entre ellas el rostro que buscara!...

CONDE ¡No quiere usted entenderme!...

M. BINI ¿No he de haberle entendido? Ha ido surgiendo en el alma de usted la imperiosa necesidad de querer a alguien.

CONDE De quererla a usted, María.

M. BINI (Con gran sorpresa.) ¿A mí?... Pero, no. ¡Eso no es posible!

CONDE ¿Por qué?

M. BINI Porque yo soy una madre, nada más que eso. La mejor prueba de que yo ya no soy una mujer, es que me he quedado sorprendida, más aún, atontada, por lo que acaba usted de decirme.

CONDE ¿Que ya no es usted una mujer? ¡Más que nunca!

M. BINI No... Lo era. Lo fuí. Antes, me sentía mujer en cualquier pensamiento, en toda mi sensibilidad, en todas mis aspiraciones; pero ahora, ¿cómo podría seguir siéndolo? Usted ha conseguido encontrar a mi hija de mi vida, a mi bendita niña. Yo ya no existo; ya no vivo para nadie.

CONDE Pero piense usted, María, en que esa niña necesita de alguien que se preocupe de su porvenir.

M. BINI Yo me preocuparé de su porvenir y de todo. Yo misma he de ser, con mi cariño, con mis manos, con mi esfuerzo entero... Viviré solo para esa niña que vive en mi espíritu desde hace nueve años... aunque no la veo, como no la veía cuando la llevaba en mis entrañas... ¿Quiere usted que en mi corazón haya hueco para otro sentimiento que no sea el maternal? ¡Imposible! ¡Imposible! Me haría el efecto de que le estaba robando a mi hija y me estaba defraudando a mí misma... La mujer que usted busca, la mujer que usted se merece, no soy yo; no puedo ser yo... Procure entenderme... ¡La gratitud

que le profeso es tan grande y será tan duradera!... No la malgaste... Y perdóneme si no sé mentirle...

CONDE (Conmovido, besándole la mano.) Sí; tiene usted razón. Casi me da vergüenza... Hasta me parece que le he pedido a usted una recompensa por lo que he hecho... Me da vergüenza... No me diga usted más. Se han disipado mis egoísmos y ya discurro... Tal vez no convenga que siga usted en este pueblo con la niña...

M. BINI En efecto... Me marcharé.

CONDE Permítame usted siquiera que me encargue de eso.

M. BINI Sí. Gracias. Eso, sí... Acepto desde luego. Lo que usted haga, estará bien hecho. Ocúpese de nosotras.

CONDE Yo... Nunca dejaré de hacerlo... Ahora, óigame usted, María. En su casa hay multitud de vecinos, de curiosos... Es preciso evitar que alguien, de un modo u otro, le robe a usted la más pequeña cantidad de alegría. Conviene, pues, que se encuentre usted sola, completamente sola, cuando se le aparezca su hija.

M. BINI Gracias... Muchas gracias.

CONDE He dado orden para que traigan aquí a la niña... Después, ya nos pondremos de acuerdo respecto al viaje. (Dentro se oye con insistencia la bocina de un automóvil. María, adivinando, se muestra nerviosísima, convulsa, como si estuviese a punto de perder el sentido.)

M. BINI ¡Ella!... ¡Ella!

CONDE Sí.. De fijo.

M. BINI Por Dios... Quédese usted... No me deje.

CONDE Al contrario... Debo dejarla a usted... Estese aquí lo más tranquila, lo más serena que pueda... Siéntese mientras yo voy a ocuparme... de las rosas... Quieta... Vamos, quietecita... Así, María. (Después de un momento de duda, durante el que parece sorber una lágrima, vase corriendo por el jardín.)

M. BINI (Se queda un instante inmóvil como una estatua, con la mirada fija en una visión de su espíritu. De pronto, se levanta, como si hubiera percibido algún ruido.) No... ¡Nada!... (Vuelve a colocarse de espaldas a la puerta del foro.) No. No quiero volverme. Si me vuelvo no será ella... Será alguien que

vendrá a decirme tal vez... ¡Virgen Santísima, ten compasión de mí!.. No puedo más. ¡Tú ves que no puedo, que no puedo!...

(Por el foro aparece ANITA. La niña viene casi oculta por completo tras un enorme ramillete de rosas que sujeta entre sus dos bracitos, y del que va dejando regado el suelo. Se acerca a su madre muy despacio, de puntillas, sonriendo.)

CONDE (Llamando dulcemente.) ¡María!...

M. BINI (No puede hablar. Se vuelve lenta y pausadamente, como si temiera un desengaño. Luego busca entre las rosas el rostro de la niña.) ¡¡Tú!! ¿Tú? (Como una máquina repite el monosílabo sin poder decir más. Una pausa.) ¡Anita!... ¿Tú?... Si ahora me parece que lo sabía... Me parece que siempre... ¿Tú? ¡Mi hija! ¡Mi hija de mi vida! ¡La hija de mi sangre!... (Coge a la niña y la abraza, la estruja entre sus brazos y cubre su rostro con locos besos, riendo y llorando al mismo tiempo.)

ANITA ¡Mamá! ¡Mamá! (Cae el telón lentamente.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Antonio Fernández Lepina

Estrella, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)

La mujer de Cartón, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)

Hilvanes, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa)

La fea del ole, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.) (Tercera edición.)

Don Gregorio el Emplazado, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)

Chiquita y bonita, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada (Coliseo del Noviciado.)

Los cuatro trapos, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)

Suspiros de fraile, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín)

El mantón de la China, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)

La corte de los milagros, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)

Los envidiosos, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)

La señora Barba-Azul, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)

El hongo de Pérez, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.) (Traducido al portugués.)

La loca fortuna, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Pathé, Freres, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)

El jipijapa, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol (Teatro Martín.)

La perra gorda, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)

La vocación de Pepito, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III ó L'irresistible vocation du fils du Monducet», de Sacha Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)

El nuevo testamento, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)

El caballo de Espartero, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel)

El servicio doméstico, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur», de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Lara.) (Traducido este arreglo al catalán)

Las sagradas bayaderas, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Vela. (Teatro Martín.)

Los chicos de la Calle, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español) (Traducido al portugués.)

El señor Duque, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.) (Tercera edición.) (Traducido al italiano, al portugués y al catalán.)

Una buena muchacha, comedia en tres actos, adaptación de «La buona figliola», de Sabatino Lopez, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.)

La última opereta, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro de Apolo)

La Maja de los Madriles, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Lulú, comedia dramática en tres actos, original de C. Bertolazzi, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.) (Traducida esta adaptación al catalán.)

La Rosario, comedia en tres actos, original de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

El valiente capitán, vodevil en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro. (Teatro Cómico.)

Mario y María, comedia en tres actos de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi (Teatro Eslava.) (Traducida al portugués.)

La Eva ideal, fantasía, en colaboración con Ricardo G del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de Novedades.)

La embajadora, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de la Zarzuela.)

El palacio de la marquesa, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducida al portugués.)

La aventura del coche, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Cervantes.) (Traducida al catalán.)

La señorita Mariposa, comedia en tres actos. (Teatro Lara)

Un lío del otro mundo, juguete cómico en tres actos. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducido al portugués y al catalán)

La máscara y el rostro, humorada satírica en tres actos, de Chiarelli, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro Romea. Barcelona.)

La maestrilla, comedia en tres actos de D. Niccodemi, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro de Lara.)

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.

PRECIO 2 PESETAS